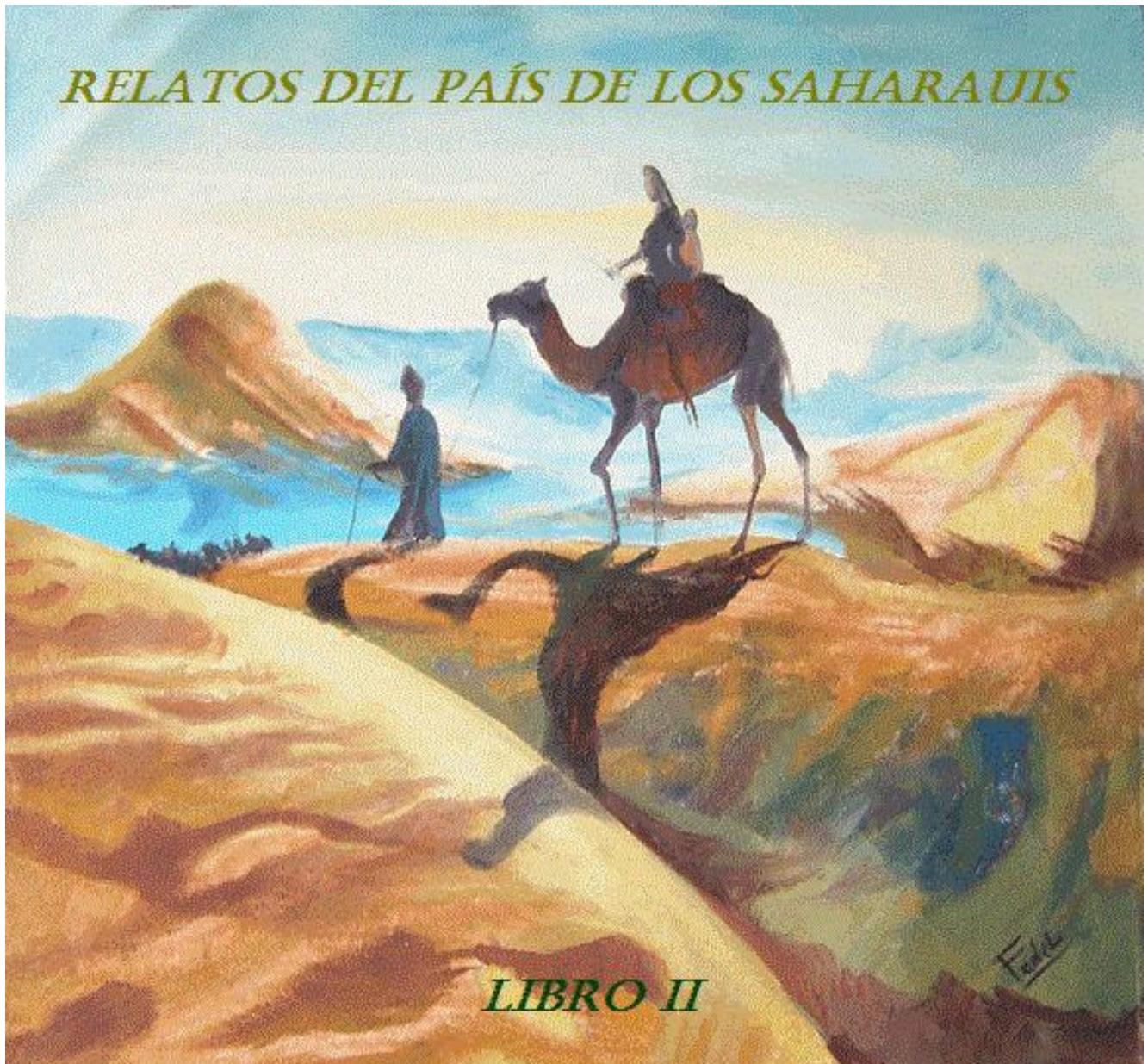


RELATOS DEL PAÍS DE LOS SAHARAUIS



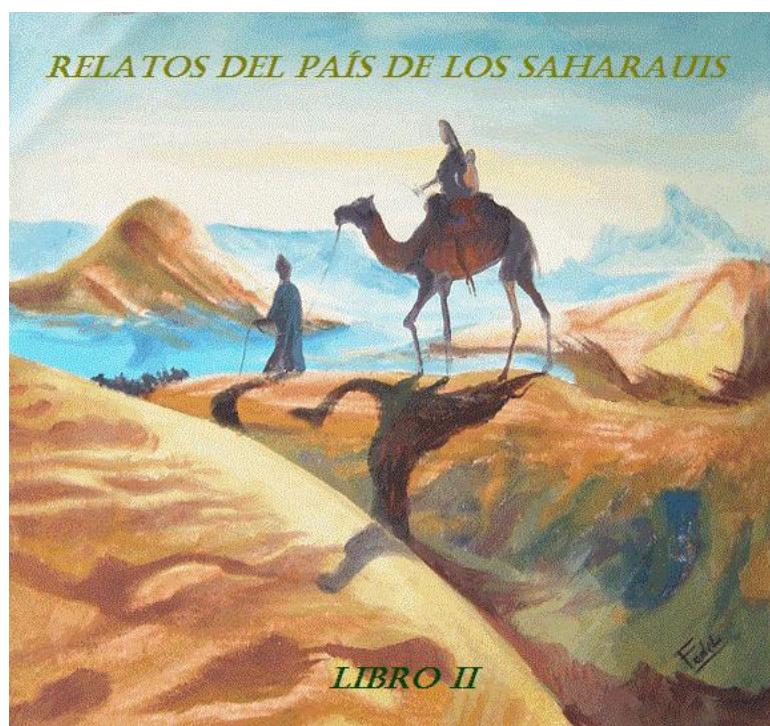
A painting depicting a desert scene. In the foreground, a large, gnarled tree trunk lies across a sand dune. A camel is walking away from the viewer, carrying two people on its back. To the left, a person in traditional blue robes walks towards the horizon. The background features rolling sand dunes under a clear blue sky.

LIBRO II

- *Título: Relatos del País de los saharauis. Libro II*
- *Varios autores: Mohamed Salem Abdelfatah (Ebnu), Chejdan Mahmud, Limam Boisha, Cristina Molera, Miquel Cartró, Marta Fos, María Jesús Alvarado, Bahía Mahmud, Maribel Lacave, Ricardo Acra Caudet y Xabier Susperregi.*
- *Presentación: Limam Boisha*
- *Autor de portada: Fadel Jalifa*
- *Selección: Xabier Susperregi*
- *Colección: Literatura y tradiciones saharauis. Libro IV*
- *Edita: Biblioteca de las Grandes Naciones
bibliotecadelasgrandesnaciones.blogspot.com/
Libro 10º*

Oiartzun, Febrero de 2013

RELATOS
DEL PAÍS DE LOS SAHARAUIS
LIBRO II



Pintura de portada de Fadel Jalifa
Presentación de Limam Boisha

PRESENTACIÓN

Leer Relatos del País de los saharauis. Libro II, es una buena oportunidad para bucear en los contornos de la piel dura y desprendida del Sahara. Es aletear entre las dunas, las infinitas llanuras, los montes, las jaimas, los rebaños de camellos, ovejas o cabras. Es respirar el aire puro y reposar en medio de la paz amorosa de la *badía*.

Una manera de abrazar el sueño del retorno a un Sahara libre es la lectura de este libro. Volar hacia el mar saharaui. Contemplar sus olas, su blanca efervescencia, su inmensidad azul. Es recorrer el territorio, tanto la parte liberada como la ocupada. Repasar pasajes de nuestra historia. Convivir con los refugiados en el exilio argelino. Entrar en sus corazones. Palpar sus anhelos. Tomar el té en sus *jaimas*. Compartir la generosidad de un pueblo noble. También es olfatear el tupido humo de la guerra como las terribles minas antipersona y sus secuelas. Sentir la asfixiante atmósfera de la represión marroquí al otro lado del muro y admirar la resistencia de la población saharaui.

El libro accede a elevar las alas de imaginación del lector. Permite reírse de las trastadas de personajes de la cuentística oral saharaui como Shartat. Dormir al abrigo de una fogata. O hacer algo muy distinto como dar un salto y viajar a Canarias, Cuba, Mallorca u otras partes del mundo.

En El País de los saharauis, se entrelaza una amalgama de situaciones como Al Sahara en Patera, el insólito viaje de inmigrante

saharaui, no a la quimera de El Dorado de Europa, sino al de sus raíces, a su tierra. Se habla de la guerra, del abandono, de la separación de familias y del exilio.

Como la *talha* que, a simple vista parece que no tiene mucho que ofrecer. Pero si uno se acerca encontrará sombra, si quiere resguardarse del sol. Leña para cocinar y calentarse, si hace frío. Hojas y savia, para curarse. Es todo un gozo y un consuelo la acacia saharaui. Así es este libro, sencillo y profundo, fértil y entretenido.

Creo que todos los autores de este libro: Mohamed Salem Abdelfatah, Ebnu, Chejdan Mahmud, Cristina Molera, Xabier Susperregi, Miquel Cartró, Marta Fos, María Jesús Alvarado, Bahía Mahmud, Maribel Lacave, Ricardo Acra Caudet y este vuestro servidor. Todos lo hacen desde un profundo conocimiento y amor hacia el Sahara y los saharauis. Por lo tanto, te lo ofrecen (te lo ofrecemos), querido lector/a, con los brazos abiertos.

Limam Boisha

RELATOS

- 1- “AL SAHARA EN PATERA” *Ebnu*
- 2- “LA DULCE FÁTIMA” *Chejdan Mahmud*
- 3- “EL DESTINO NOS MARCA” *Cristina Molera*
- 4- “LA QUEMADITA” *Limam Boisha*
- 5- “UNA COSA ES LO QUE APRENDÍ Y OTRA LO QUE CREO”
Xabier Susperregi
- 6- “EL MAR” *Ebnu*
- 7- “EL SECRETO DE LA ARENA” *Miquel Cartró y Marta Fos*
- 8- “SHARTAT Y LA CABRA” *Xabier Susperregi*
- 9- “EL GUERRILLERO” *Limam Boisha*
- 10- “LA DELGADA FIGURA, AMINATOU HAIDAR” *Chejdan Mahmud*
- 11- “SHARTAT Y LA OVEJITA EXTRAVIADA” *Xabier Susperregi*
- 12- “EL SOL” *Ebnu*
- 13- “CON FLORES A MAHOMA” *María Jesús Alvarado*
- 14- “SHARTAT Y LA GALLINA ASTUTA” *Xabier Susperregi*
- 15- “LA NIÑA DEL PAN” *Limam Boisha*
- 16- “UNA SEMILLA MUY ESPECIAL” *Miquel Cartró y Marta Fos*
- 17- “SHARTAT CON MAL DE ESTÓMAGO” *Xabier Susperregi*
- 18- “PULLOVER” *Ebnu*
- 19- “EL MAR” *Limam Boisha*
- 20- “GANFUD Y LA SERPIENTE” *Xabier Susperregi*
- 21- “EL REGRESO” *Cristina Molera*
- 22- “LA CONFESIÓN DE LAS DUNAS DE AUSERD” *Chejdan Mahmud*
- 23- “SHARTAT Y EL CUMPLEAÑOS DE LA OVEJA” *Xabier Susperregi*

24- "EL AZRI. EL OCASO DEL CABALLERO ANDANTE DE LA BADIA"

Bahia Mahmud Awah

25- "DE LLAMADAS, CLIMAS Y VERDURAS" Limam Boisha

26- "MAJALULO· Maribel Lacave

27- "SHARTAT Y LA CABEZA DE LA OVEJA" Xabier Susperregi

28- "SAHARA... MI SUEÑO" Ricardo Acra Caudet

29- "UNA AMISTAD EN SILENCIO" Chejdan Mahmud

30- "LA BONDAD DE LA BADIA Y SUS VIAJEROS" Bahia Mahmud Awah

31- "EL TALADOR DE NOSTALGIAS" Limam Boisha

32- "VIOLETA ESCRIBE AL REVÉS" María Jesús Alvarado

33- "SHARTAT Y EL RATÓN" Xabier Susperregi

AL SAHARA EN PATERA

Ebnu

Esto, antes, era el mundo de las cabras, toda la vida de pastor hasta que acabaron con mis cabras y con su mundo y con el mío. El turismo se comió mis cabras y sólo me queda este paseo por el puerto y poder hablar de aquellos tiempos que se nos escaparon sin darnos cuenta.

- ¿Y tú por qué vienes al puerto?
- Yo quiero ir al Sahara.
- ¡El Sahara! Yo estuve hace años ¡La cantidad de cabras que llevé yo al Sahara, muchacho! ¿Y cómo te vas a ir? ¿En barco?
- No, me iré en una patera.
- ¡¿Qué?!
- En una patera, un cayuco.
- ¡Al Sahara en una patera. ¿Tú estás loco, chico?

La idea venía rondando en su cabeza desde hace bastante tiempo y la había compartido con sus amigos, pero todos pensaban que sólo se trataba de una broma. Sólo el viejo del muelle sabía que hablaba en serio.
“¡Ten cuidado, muchacho, el mar es muy peligroso!”

Lo había calculado todo; agua, comida, cosas que creía necesarias para la travesía, hasta le puso nombre a la barca; “Esperanza”, escribió con el verde, el rojo y el blanco, tres colores para nueve letras y para un sueño. Estuvo yendo a la biblioteca y estudió mapas y midió distancias.

¡Sólo 90 kilómetros! ¡48 millas! Y una noche de verano zarpó en dirección al Sahara.

- Adiós, amigo -dijo abrazando al viejo.
- Suerte, hijo.

Confiaba en las estrellas y sabía que lo guiarían hasta la costa de su sueño. Nunca se perdió en el desierto y el mar ante sus ojos era un inmenso y oscuro desierto.

- Tienes que ir en esta dirección -le dijo el viejo, señalando el sureste-, si te apartas puedes aparecer en el fin del mundo.

Él sabía qué constelaciones poner entre sus ojos, qué estrellas seguir, sin embargo se llevó una brújula por si hiciera falta.

Pasó toda la noche siguiendo el brillo de una lejana estrella que resplandecía en el horizonte y que le animaba a dominar los avatares de atravesar el piélago, como si cruzara el gran desierto. La noche acabó y un rayo de sol le acarició la frente helada. Y de repente el silencio en medio de la nada. La ausencia de ruido le delató su soledad y sintió miedo. Pero el sol salía por el sitio adecuado, el viento, la corriente, todo irá bien, se prometió. A mediodía vistió su *darrah* y se enrolló el turbante y se recostó entre las olas, mientras el viento lo llevaba hacia su destino. El cansancio, el sueño, los espejismos, tierra a la vista, las gigantes dunas, el recibimiento, la multitud que saludaba, que gritaba su nombre y que clamaba por un abrazo, por un saludo ¡Qué felicidad! ¡Qué alegría!

Tres días después, el viejo, en un bar del puerto, escuchó la noticia.

El cuerpo sin vida de un joven, al parecer de origen saharaui, apareció en la costa sur de la isla de Fuerteventura. Viajaba en una patera que apareció encallada en la playa.

Lo curioso, declaró la Guardia Civil, es que no se trataba de un inmigrante ilegal. El fallecido, tenía Residencia Permanente en la isla. Se ignora si viajaba acompañado y de dónde procedía.

El viejo deambuló toda la tarde sin rumbo, hasta que cayó la noche y se sentó en el muelle mirando el horizonte. A lo lejos bailaban, al son de las olas, las luces de la añoranza y del sueño de una esperanza.

LA DULCE FÁTIMA

Por Chejdan Mahmud

Hubiese Don Mahmud (yo, en adelante), no acudido al muelle del Aaiun a despedir a las tropas y personal español cuando abandonaban el Sahara Occidental. El cuenco de color negro rebosante de leche de camella recién ordeñada, lo sostenía entre mis dos manos, otro compañero, en realidad varios, de manera alternativa, sostenían entre las manos o, un cuenco lleno de leche o un plato de dátiles.

Pero a mí me saltaban las lágrimas de manera desbordante en aquel momento. Mi vida la había vivido intensamente junto a mis inseparables amigos y ahora los veo irse. Una historia terrible e injusta iba a empezar, justo después de mis excitadas lágrimas.

Todos mis amigos y yo estuvimos jugando la noche anterior, pero también sabíamos de la separación, quién nos diría el por qué, y por cuánto tiempo, ni siquiera ellos preparaban su propio equipaje a sabiendas que un inminente viaje los implicaría a todos menos a mí y, qué más da.

El día de la partida yo los buscaba con la mirada cuando abordaban el barco cogidos de las manos de sus familiares. Porque Antonio, mi mejor amigo, también partía y Fátima, Guaci, Aytami, Ayoze. Por eso el cuenco de leche, los dátiles que les ofrecía como despedida me sabían a dulzura y bienestar, dentro de poco tiempo los volveré a ver y a jugar con ellos sin lugar a duda, además, todos eran canariones, ese lugar del que ellos me hablaban con infinita ternura. Porque ese paraíso apenas queda a dos palmos de mi tierra.

Una y otra vez, en esos breves momentos, discontinuos, ininterrumpidos, de miradas y corazones ansiosos, cuando el criterio y los empujones de los viajeros eran más que saludos, se cruzaba el ayer y, el anteayer, nuestros juegos, nuestras lecturas y largas charlas en la casa de Antonio.

Fátima siempre traía consigo un libro muy bien cuidado del Quijote que ella había leído y releído, cierto que ninguno de nosotros lo había hecho pero, eso sí, lo teníamos más que conocido. Ella se empeñaba en contarnos lo loco que era el tal Don Quijote de la Mancha, pero, nosotros también tomábamos a la chiquilla como otra loca, a pesar de su fina belleza. Nos gustaba a todos, pero que nadie se atrevía a confesarlo, ni mucho menos a ella, porque eso significaba entre otras cosas, tragarse a ese enorme libro que, realmente a nuestra edad y manera de ser, se nos hacía harto imposible.

Ella nos decía que Don Quijote era bueno, tan bueno que arriesga su propia vida para defender lo que él crea verdad y justicia, nos decía que incluso ella misma sería capaz de hacer lo mismo. Era tanto su convencimiento de la inmensidad y generosidad de las personas, que le saltaban las lágrimas al pronunciarse al respecto en cualquier ocasión. Y nosotros, algunos cabizbajos y otros medio risueños, la escuchábamos con qué ganas de mandarla a callar, sin embargo su belleza nos imponía más.

Le hubiere yo, el día de la partida confesado que también me gustaba el Quijote o, tal vez en honor a la verdad, que me empezó a gustar gracias a ella. Nos contaba a Antonio y a mí, que el flaco Don Quijote de la Mancha era su ídolo, tal como ella creía en la belleza, y claro, nosotros en

treinta y tres la escuchábamos, quizás en el fondo desearíamos en aquellos instantes ser tan flacos o tan locos para gustarle a ella.

Corrí a por ellos, sí, corrí como poseído, no sabía qué demonios me pasaba, todo el gentío presente reparaba en mi locura, excepto a quienes va dirigida, a Antonio, Ayoce... mis inseparables amigos y hermanos, a mi amada Fátima, a la que quizás nunca le hubiere confesado que la quería. Mi *darraa* casi voló; el cuenco se me desapareció de las manos. Solo quería brindarles mi último adiós, llanamente despedirme, verlos por última vez, pero, de nada sirvió esa alocada espantada, alguien de los presentes, me agarró y, truncó mi desairada carrera y, con un breve azote en las nalgas me puso en las manos de mi madre. Ese día yo tenía puesto mi traje típico saharaui, mi *darrah* azul y mis sandalias de cuero, vestía realmente de gala, mi madre lo había dispuesto todo, es la primera vez que yo no reparaba en mi fabuloso traje, porque eran contadas las veces que celebrábamos algo y, desde luego mi madre y familia sí tenían algo grande que celebrar.

Quizás mi falta de atención a la lectura o mi poco interés o, esa niña tan hermosa, fuere como fuere, días después de la marcha de todos los españoles, un amigo saharaui de la pandilla me dijo que “Don Quijote de la Mancha” tenía dos partes. Con tal sorpresa, me apresuré a hacerme con él, mi ilusión era creciente y mi corazón se agitaba como nunca, pensaba por primera vez en mi vida regalar algo grande a una persona. Quién me diría a mí que ella sabía de esa segunda parte de su libro preferido. Me invadía la dicha, pero antes... antes lo leería yo, tal vez con la ilusión de compartirlo con ella, sí, empecé a leerlo. Ciento, que después tuve que leer también la primera parte, me importa un carajo el orden. Luego, hice la encomienda a mi padre de mandarlo a Fátima y, días más tarde, mi padre se sumó al ejército y, cayó mártir. Apenas me dio tiempo de preguntarle por mi encargo.

EL DESTINO NOS MARCA

Cristina Molera

Al caer la noche todo parece más fácil. No se siente observada, puede sonreír, llorar en silencio o soñar sin tener que disimular. Es el momento en que realmente se siente libre.

Años atrás, de niña, tuvo que quedarse con su familia de acogida española, por una extraña enfermedad que no podía ser tratada donde ella vivía. Recordaba cómo se esforzaban en que se sintiera bien con ellos, no la dejaban sola nunca, la inscribieron en la escuela del barrio y le consentían la mayoría de los caprichos. Incluso la animaron a que usara los apellidos de ellos.

Durante un tiempo se añoró, las llamadas a su casa eran constantes, pero poco a poco se fue acostumbrando y los recuerdos de papa y mama se iban difuminando.

Hizo amistades, una más que otras, pero la mejor, Lucía, su compañera de pupitre. Rubia como el oro, envidiaba su tono de piel dorada, quería ser como ella. Se hicieron inseparables.

Ya casi no llamaba a casa, le costaba hablar su propio idioma, el hassanía. A veces llegó a apagar el teléfono para no contestar. Le resultaba incómodo oír el sollozo de su madre, rogando que volviera, que la echaba de menos. No se sentía bien por ello, pero... ¿cómo iba a volver? No le garantizaban el regreso, no tenía documentación y ella, ya no se sentía del desierto, era de aquí, como su amiga Lucía....

Además, estaba su enfermedad, que si bien hacía años que no recaía, ni siquiera tomaba medicación, pero si volvía a la Hamada, quizá empeorara.

Fue poco antes de cumplir los 17 cuando le avisaron que su padre había enfermado y quería verla antes de morir. La lucha interna era grande, le daba miedo volver, pero debía hacerlo. Al fin y al cabo eran sus padres y gracias a ellos pudo quedarse en España, nunca se negaron, lo prioritario era su salud.

Su familia de acogida la llevó al aeropuerto, después de conseguir un título de viaje que le tramitaron desde la Delegación saharaui en su comunidad para poder viajar. Le prometieron que intentarían arreglar los papeles, que hablarían con un abogado...

Todo fue inútil, su padre ya había dejado este mundo cuando ella llegó. Allí estaba su madre, más envejecida de lo que hubiera imaginado nunca. Sólo un abrazo, ninguna palabra, tiempo tendrían para hablar. Sus ojos, secos y hundidos, llenos de dolor, parecían desprender un remoto brillo por ver a su hija de nuevo, desconocida, pero su hija al fin y al cabo.

Seis años han pasado ya, tiene un pretendiente, es amable con ella, pero no está enamorada. Sueña con encontrar a alguien que la rescate, que la lleve lejos, pero sólo es eso, un sueño. Ha tenido tiempo de habituarse a la vida de la Hamada, no es el destino que quiso, pero si el que le toca vivir y está resignada, al menos lo aparenta...

Y es por esto que al caer la noche, cuando nadie la ve, su mente vuela hacia la libertad. Mientras tanto, la vida en el desierto transcurre lentamente...

LA QUEMADITA

Por Limam Boisha

A mí me llamaban Lemheiriga. Sí, tengo una quemadura. Ves aquí, en esa zona de mi mano, ¿lo ves? Fue hace tiempo. Era pequeñita y gateaba por las esteras que cubrían el suelo de nuestra *jaima*. Aquél día quizá tenía sed, o quería jugar. No lo sé. Mis otros hermanitos todavía no habían nacido, y estaba sola, aburriéndome, hasta que vi algo que atrajo mi atención. Avancé en su búsqueda. En medio de una nube de vapor asomaba un pico de color rojo, lo agarré y un líquido se volcó encima de mi brazo. Solté un grito que seguramente se escuchó en el séptimo Cielo. No recuerdo más. Mamá había salido a pedir un poco de azúcar a la vecina. Dejó el infiernillo calentándose, y encima de él una tetera grande llena de agua hirviendo. Mi abuela regañó a mamá, y le aseguró que todavía no estaba preparada para criar un bebé.

La abuela me llevó con ella a Sheijuja, el lugar donde pasaban largas temporadas los ancianos. Allí les daban una alimentación buena, sobre todo, carne y leche de camellas. Los abuelos no hacían más que salir de las *jaimas*, dar vueltas, disfrutar del verde paisaje y respirar el aire fresco. ¡Se sentían tan bien en ese lugar! Para muchos era lo más parecido a la *Badía*, su auténtico hogar en el Sahara donde nacieron y vivieron hasta que estalló la guerra. Pasaban los días conversando o jugando a las damas sobre la arena. Si les faltaba una pieza me decían: quemadita, o hijita de los jubilados ve y búscanos un palillo. Yo salía corriendo y volvía con las manos cargadas de ramas secas.

Todavía no sé cómo se las arreglaba mi abuela para comprarme regalos, si en los campamentos de refugiados, no se veía dinero. A veces me traía caramelos, otras gomas para el pelo, o un conjunto. Uno azul precioso, fue durante mucho tiempo, el único vestido que tuve. Cada viernes tenía que lavarlo para ir al colegio.

La abuela era una mujer fuerte, bondadosa y con sabiduría empapada en lecciones de supervivencia. Una vez me entregó unos cuatrocientos dinares, para comprar un kilo de carne. La única carnicería que había en toda la *wilaya* estaba lejos. Llevé el billete y volví sin la carne.

- Si se ha perdido, ese era el designio –me tranquilizó– vuelve siguiendo tus pasos y a lo mejor el dinero aparece.

Caminé unos doscientos o trescientos metros, esperé un momento y regresé. Con los ojos en el suelo, le dije que no lo encontré. La abuela me pegó.

- Cómo vas a perder la esperanza de encontrarlo si apenas saliste y ya regresaste. Tú no ves que aquí llevamos diecinueve años en el exilio, y seguimos esperando la independencia, durante todos estos años no hemos perdido la esperanza de volver, y tú la pierdes en unos minutos.

Sus palabras me conmovieron y le confesé la verdad.

UNA COSA ES LO QUE APRENDÍ Y OTRA ES LO QUE CREO

Xabier Susperregi

Cierto matrimonio del País de los saharauis acudió a un Cadí o Juez en cierta ocasión por una disputa que había surgido en su vida familiar.

Todo había comenzado algunos días atrás, cuando al regresar de trabajar, el marido se encontró algo insólito, su hija cuidaba de los animales mientras que su hijo preparaba la cena junto a la madre. Enfadado, les pidió que dejaran lo que estaban haciendo y fueran a hablar con él. Después les dijo a modo de riña:

- En esta familia cada uno tiene sus labores; yo las de hombre, vuestra madre las de buena mujer y vosotros tenéis que ir aprendiendo para algún día ser un buen padre de la familia uno y una esposa ejemplar la otra.
- Pero padre... -comenzó a decir la niña.
- ¡No vale ningún pero a lo que os he dicho! Así, por vuestro bien espero que sea esta la última vez que ocurre algo tan lamentable como lo que he tenido que presenciar.

Los niños quedaron pensativos y fueron donde su madre, a quien preguntaron qué le parecía aquella cuestión; la madre entonces les dijo:

- Una cosa es lo que aprendí y otra lo que creo.

Aquello fue suficiente para que los niños tomaran conciencia del sentir de su madre. Por eso, cuando regresó el padre al día siguiente, se

encontró a su hijo llevando agua a la *jaima* y a su hija nuevamente cuidando de los animales, desobedeciendo así lo que les había ordenado el día anterior.

No dijo nada entonces, pero aquello era la peor señal; pues el padre solamente callaba de esa forma cuando realmente estaba enfadado y muy pocas veces le habían visto así. Estuvo sumido en sus asuntos y en sus pensamientos hasta que se sentaron todos a cenar, fue entonces cuando pidió explicaciones:

- Creo que me debéis una explicación. Si no estáis de acuerdo con las cosas que digo, pues me lo hacéis saber, lo discutimos y tomamos una decisión. Ahora decidme; ¿por qué me habéis desobedecido?
- Creo que debes escucharles a ellos también –dijo la madre.
- Pues adelante, que digan lo que tengan que decir.
- Es muy complicado para nosotros también padre –comenzó a hablar el hijo.
- ¿Complicado?
- Sí padre –dijo la niña–. En la escuela nos han pedido que empecemos a ayudar en casa haciendo todo tipo de labores, sin distinguir las que son de chica ni de chico.
- ¿Eso os han dicho en la escuela?
- ¡Si, padre! Nos enseñan que niñas y niños somos iguales y debemos aprender por igual, sin diferenciarnos.
- ¡Maldita sea! Llevarlos a la escuela para esto. Si se vuelve a repetir, deberéis dejar de estudiar. Sólo me falta venir mañana y encontrarme a mi propio hijo escoba en mano barriendo la *jaima*. ¿Tú qué opinas, esposa mía?
- Una cosa es lo que aprendí y otra lo que creo.

Aquellas palabras dejaron desconcertado al hombre, que sin mediar palabra, dejando el plato a medio comer, abandonó la cena y fue a dormir; o más bien a tratar de hacerlo porque estuvo mucho tiempo dándole vueltas al asunto, sin poder conciliar el sueño. Cada poco tiempo le venían a la cabeza las inquietantes palabras de su esposa que lo dejaban descolocado:

- Una cosa es lo que aprendí y otra es lo que creo.

Al día siguiente, de regreso del trabajo, fue a encontrarse el hombre con su hijo barriendo la *jaima*, tal y como deseaba que no hubiese ocurrido. Entonces creyó haber encontrado una fórmula para solucionar el asunto y estaba seguro de salir victorioso. Cuando se hubieron sentado todos, les dijo:

- Mañana, hijos míos, no iréis a la escuela. Esto que está ocurriendo en casa me está dando muchos quebraderos de cabeza. Yo respeto que tengáis una opinión, pero creo que estáis equivocados, por eso mañana marcharé con vuestra madre a la ciudad y consultaremos al Cadí esta difícil cuestión. Por eso os pido que os hagáis mañana cargo de nuestras labores y al anochecer estaremos de regreso.

Así fue; muy temprano cogieron los dos camellos y marcharon hacia la ciudad, donde al mediodía se entrevistaron con el Cadí. Le expusieron entonces la cuestión y el juez así le dijo:

- Conozco una historia que es casi igual a la vuestra. Certo día, la loba le dijo al lobo que ella se encargaría de cazar y que él cuidase el hogar y protegiese a los lobeznos. Al lobo en principio no le pareció mal y menos al ver la buena caza que había logrado su esposa. Así ocurrió que durante algún tiempo fueron turnándose las tareas y todo marchó

estupendamente. Pero ocurrió que pronto empezaron las burlas del resto de animales, que al ver al lobo se metían con él diciéndole que el lobo feroz se queda cuidando de los lobeznos. Finalmente el lobo no pudo soportarlo más y le dijo que la loba que a partir de entonces cada cual haría lo que tenían por costumbre y que él sería quien iría de caza.

Entonces el hombre, dirigiéndose a su mujer, le dijo:

- Lo ves, ¿te das cuenta cómo tenía razón?
- ¡Espera! No te equivoques –dijo el Cadí. El lobo es lobo y por mucho que pretendamos enseñarle, morirá siendo lobo. Pero nosotros somos humanos y sí podemos aprender. ¿Eres humano o acaso eres lobo?

El hombre salió del lugar enfadado y sin decir nada montó en su camello y comenzó el camino de regreso. La mujer iba por detrás y en el largo trayecto no mediaron palabra. No podía quitarse de la cabeza la historia que les contó el Cadí, ni tampoco las palabras de su mujer, de que una cosa era lo que creía y otra lo que aprendió. Al llegar, se encontró aquel hombre con su hijo escoba en mano, barriendo la *jaima* y le gritó:

- ¡Dame esa escoba ahora mismo!

Después de acercarse y ya con voz más conciliadora, añadió:

- Dame la escoba que hoy debo de hacer yo esta labor. Tú puedes ayudar a tu madre con la cena.

EL MAR

Ebnu

Cuando voy caminando por el desierto, siempre tengo la sensación de que el mar está cerca, a punto de surgir del horizonte. Supongo que debe ser un recuerdo genético, heredado de los pobladores del Sahara que no llegaron a conocer estas doradas arenas; que no llegaron a ver esta inmensidad que parió la evaporación milenaria de las aguas que cubrían el territorio. Quizá es el deseo inconsciente de llegar a ver qué hay detrás de la monotonía. Qué hay detrás de los espejismos.

¡El mar y la arena, qué hermosa combinación!

Cuando las olas y las dunas se besan y se acarician se puede sentir su abrazo, se puede oír su risa, mientras juegan ajenos a la tristeza y al dolor de sus hijos, los que brotamos de esa mezcla de aguas saladas y arenas doradas.

¡El mar y la arena, testigos indiferentes de cuántas alegrías, cómplices involuntarios de cuántas tragedias!

- ¿Ha visto usted el mar? -pregunta el niño a la maestra.

La maestra, que se temía la pregunta, hacía ya mucho tiempo que tenía preparada la respuesta. Pero en vez de responder, preguntó:

- ¿Cuántos de vosotros habéis visto el mar?
- ¡Yo, maestra!, ¡yo, yo, yo...! -gritaron todos los niños levantando las manos.

Todos habían visto el mar, todos habían estado, al menos, en una playa: el Mar Mediterráneo, el Mar Cantábrico, el Océano Atlántico. Habían estado en todo el litoral español. Uno dijo que, también había visto el mar en Mauritania, otros dijeron que en Argelia. Era muy bonito dijeron, aunque muy salado. Era muy verde y muy azul, lleno de peces y barcos, dijeron unos; lleno de gente feliz y alegre, dijeron otros.

- ¿Ha visto usted el mar? -pregunta, otra vez, el niño a la maestra.

El mar es como el desierto, sólo que en vez de arena tiene agua. El mar está en constante movimiento, como el desierto, las dunas son olas que se han secado y que perdieron el paso. La lenta imitación de un movimiento milenario que las tormentas llevan a su antojo hacia todas partes. El desierto y el mar terminan siempre en un abrazo fiel y eterno.

- Sí, he visto el mar -dijo la maestra.
- ¿En el Sahara, maestra, en el Sahara...? -preguntaron todos juntos.

El mar es un recuerdo borroso de una tarde de arenas blancas y ropa al viento; de gaviotas que surcaban el cielo azul siguiendo el rastro de un avión que se diluye en el infinito. Es un olor, ya casi imperceptible, a comida primitiva, a murmullos de vida. El mar es una niña que baila sobre un espejo de plata.

- Lo he visto hoy en vuestros ojos -respondió la maestra.

EL SECRETO DE LA ARENA

Miquel Cartró y Marta Fos

Era una tarde del mes de mayo y hacía mucho calor. En medio del desierto del Sahara se divisaba de lejos la silueta de un coche que avanzaba serpenteando para evitar subir las grandes dunas de arena. Lamina, una niña saharaui de nueve años, iba sentada junto a su abuela Mariam y su tío Mahfoud, que conducía el coche.

A lo largo del viaje, los tres estaban en silencio y pensativos. Escuchaban atentos la música que les habían llevado sus amigos catalanes unos días antes, cuando fueron a visitar a su primo Nabd que vive en los campamentos. Lamina estaba sentada con la cabeza apoyada en la ventana del coche. Su pelo negro y rizado salía airoso por la ventana.

Lamina movía las manos y el pie derecho siguiendo el ritmo de la música. Estaba muy contenta, era la primera vez que iba a la *badia*, donde cabras y camellos pueden pastar porque hay un poco de hierba.

Ella vivía en el campamento de refugiados saharauis de Smara, en el desierto de Tindouf de Argelia, pero se iba a pasar unas semanas en la *badia*. Su abuela le había contado muchas veces que la *badia* es una zona del Sahara Occidental liberado donde muchos saharauis llevan la familia y las cabras a pasar largas temporadas. Sigue siendo un gran mar de arena en el desierto más inhóspito, pero con pinceladas de color verde, lo que la hace muy especial para los saharauis.

Lamina tenía los ojos muy abiertos a todo lo que encontraba a su alrededor. Se imaginaba el desierto lleno de flores como las flores de papel que habían hecho sus primos en la *tarbia* cuando fueron los maestros catalanes, pero a pesar de que buscaba las flores, no las encontraba por ninguna parte. Veía de reojo algunos matorrales verdes pero de flores, ni una.

De repente, el coche se detuvo. La arena del desierto había entrado en el motor y Mahfoud, acostumbrado ya a estas incidencias, intentó sacar la arena del coche. Lamina bajó y cerró los ojos un instante. De pronto escuchó un ruido que provenía de la parte posterior del coche. Ya no se había acordado más de su cabra Baraka, que descansaba en medio de las mantas, los utensilios del té y las bolsas con la ropa detrás del coche. Siempre que iba a algún otro campamento, o en este caso a la *badia*, Lamina se llevaba su cabra Baraka, que en *hasania* significa tener buena suerte.

Después de unas cuantas horas de viaje llegaron a la *badia*. Los recibió el siroco, un aire que sopla muy fuerte en el desierto y va acompañado de mucha arena. Lamina no veía nada, la arena entraba por la ventana y todo el coche quedó lleno de arena y polvo.

Lamina bajó del coche, estaba muy cansada. Sus trenzas rizadas quedaron llenas de arena. Entró corriendo a la *jaima* con su tío, su abuela y la cabra Baraka, que se situó en un rincón de la *jaima*, expectante. Lamina saludó a su abuelo Mulay y a su prima Sukaina, que ya hacía tiempo que estaban viviendo en la *badia*. El abuelo les recibió con los tradicionales tres té saharausí.

Durante toda la tarde y parte de la noche, Lamina sacó la cabeza por la puerta de la *jaima* varias veces. Tenía ganas de salir afuera y ver los matorrales verdes de hierba para buscar las tan deseadas flores, pero no podía porque en el desierto cuando hay siroco, la arena lo cubre todo.

La tormenta de arena duró dos días. Estaban acostumbrados a estar días en la *jaima* porque cuando sopla el siroco en los campamentos, tampoco pueden salir afuera. Pero no les preocupaba no poder salir, no tenían prisa, en el desierto el tiempo no cuenta.

Cuando la tormenta de arena paró, Lamina, su prima Sukaina y la cabra Baraka salieron de la *jaima*. Al abrir la tela que hace de puerta todo era de color marrón, lleno de arena y polvo, *jaimas*, matorrales, el coche ... La abuela de Lamina no pudo salir de la *jaima* ya que padecía asma y casi no podía ni respirar de tanto polvo que había en el ambiente.

Caminaron hacia la *jaima* que quedaba más alejada, la que tenía una bandera del Sahara colgada en su parte superior. Todos los niños y las niñas saharauis que estaban en los alrededores entraron y se sentaron junto a su tío Mahfoud. Él era el maestro de una de las escuelas de los campamentos y daba clases a los niños que había en la *badía* para que recordaran todo lo que habían aprendido en la escuela, ya que en la *badía* no hay escuelas.

Mahfoud no tenía ni pizarras, ni colores para enseñar, pero tenía la suerte de tener a su alrededor un grupo de niños y niñas muy curiosos que escuchaban muy atentamente cada palabra que decía. Mahfoud era una persona muy respetada entre los niños y el pueblo saharaui.

Aquella mañana les explicó un cuento sobre los animales del desierto. Dentro de la *jaima* hacía mucho calor. Mahfoud y todos los niños salieron fuera y se sentaron en un rincón donde tocaba la sombra. Mahfoud se giró hacia la lona de la *jaima* y, al verla toda cubierta de arena, dibujó con el dedo los animales que podían encontrar en el desierto: camellos, cabras, alguna serpiente e incluso algún escorpión.

Los niños, boquiabiertos, miraban aquellos dibujos con mucha atención. Cuando Mahfoud acabó, los niños y las niñas comenzaron a escribir sus nombres por todas partes y quedó una *jaima* bien decorada y muy divertida.

Cada tarde, después de los cuentos y las explicaciones del maestro Mahfoud, Lamina y su prima Sukaina, caminaban un rato hasta llegar a una duna de la *badia* para contemplar la puesta de sol. Acostumbradas al monótono color marrón de los campamentos, observar la puesta de sol con pequeñas pinceladas de color verde se convertía en un hecho extraordinario para ellas. Los colores anaranjados que adquiría el cielo mientras el sol se ponía las dejaban fascinadas.

Una tarde, Lamina vio que su cabra Baraka se había alejado de las *jaimas*. La cabra empezó a correr tal y como solía hacer cuando veía algo que le llamaba la atención.

Como siempre, Lamina corría y corría, pero la cabra iba más deprisa. De repente, la cabra se detuvo y Lamina se acercó poco a poco, sin hacer ruido. Desde lejos, veía como la cabra se acercaba lentamente hacia una flor blanca, pequeña pero muy bonita que había en medio de unos matorrales. ¡Una flor solitaria en medio de tanta arena!

Al ver la flor, a Lamina le brillaron los ojos como las estrellas del cielo más hermoso del desierto. No había visto nunca una flor tan bonita como aquella. Era una flor pequeña, sencilla, pero que para los ojos de Lamina adquiría una gran belleza.

Rápidamente comenzó a correr hacia la flor y, por unos instantes, todo lo que había a su alrededor desapareció. Lamina sólo veía la flor. Aunque se daba prisa por llegar antes que la cabra, el animal iba mucho más rápido que ella. Lamina recordaba cómo la cabra de los tíos y de sus primos había intentado comer una flor de papel unos días antes en los campamentos y no quería que le pasara lo mismo a esa flor tan especial.

La cabra y la niña estaban a punto de llegar a coger la flor. Estaban muy cerca la una de la otra. Lamina pasó por en medio de unos matorrales y tropezó con unas piedras y cayó al suelo. Se ensució la ropa, pero no se hizo daño. La cabra, que estaba muy cerca de Lamina, cogió la flor con la boca y pisó una especie de lata oxidada, redonda y muy vieja que había en el suelo. Se oyó un sonido muy fuerte: la cabra había pisado una mina antipersona.

Al estallar la mina, un pequeño fragmento de la mina fue a parar al brazo de Lamina. La niña cayó al suelo, estaba muy asustada y tenía mucho miedo. De repente, todo era silencio. Lamina no sabía qué estaba pasando, tenía tanto miedo que cerró los ojos y empezó a llorar. Lloraba mucho, escuchaba como su corazón latía muy fuerte y muy rápido. Le dolía mucho su brazo.

Su tío, Mahfoud apareció corriendo junto con un grupo de jóvenes saharauis de la *badia*. Buscaban por todas partes, muy asustados después

de haber oído ese ruido estremecedor y temiendo que algún niño hubiera podido hacerse daño. Lamina continuaba en el suelo, inmóvil.

Entonces Lamina recordó las advertencias que Mahfoud les había explicado un día en la escuela. Nadie podía alejarse de las zonas próximas de la *badia* ya que hacía varios años había habido una guerra con Marruecos y miles de minas antipersona, bombas pequeñas, estaban esparcidas por todo el territorio sin saber dónde habían quedado enterradas. Esto hacía muy peligroso el terreno alejado de la *badia* porque si las pisaban podían explotar como ya había ocurrido otras veces.

Lamina no tenía el valor ni las fuerzas de girarse, ni de mirarse el brazo, pero empezaba a ser consciente de lo que estaba pasando. Cerró los ojos y se durmió.

Su primo Said la vio en el suelo y sin pensarlo dos veces, fue a buscarla. Mientras corría en medio de los matorrales buscando la niña, recordaba como unos meses antes un amigo suyo había perdido una pierna al pisar también una mina frente al muro.

Mahfoud y Said la cogieron en brazos, temiendo lo peor cuando la vieron inconsciente y con el brazo herido, pero vieron que Lamina respiraba y que estaba viva. La cabra no había tenido tanta suerte y había muerto al instante. Mahfoud vio que la cabra tenía en la boca una flor blanca. Cogió la flor y la puso en la mano de Lamina mientras se llevaban a la niña inconsciente, corriendo hacia la zona de las *jaimas*.

Cuando Lamina abrió los ojos vio que estaba tumbada en la cama de un hospital cercano a la *badia*. Lamina no había estado nunca en un hospital y se asustó mucho. Vio a su tío Mahmoud, que le sonreía, y junto

a su cama vio la flor blanca. Su tío la había cogido de la boca de la cabra y la había llevado al hospital. Lamina, al ver la flor, sonrió. Un médico saharaui que había estudiado en Cuba y que era el director del hospital le explicó que se había hecho mucho daño en el brazo.

Lamina tuvo que estar muchos días en la cama de aquel hospital curándose las heridas del brazo porque corría el peligro de perderlo, pero sabía que había tenido mucha suerte. Estaba viva y podría volver con su familia. Los días fueron pasando y Lamina, se recuperaba en el hospital y volvió a mostrar la mejor de sus sonrisas. Con el paso de los días, la flor se fue marchitando, pero Lamina, cada vez que pensaba en la flor, cerraba los ojos y la recordaba tan blanca como la había visto el primer día, ¡era una flor tan especial!

Las heridas le dejaron una gran cicatriz pero finalmente Lamina no perdió el brazo. La tarde que llegó a la *jaima* de la *badia*, Lamina se sentó junto a su abuela. Cogió un trozo de madera que había en un rincón fuera la *jaima* y se fue hacia el brasero donde aún humeaban los trocitos de carbón. Cogió un trozo y se marchó hacia la duna donde cada tarde observaba la puesta de sol. Después de contemplar la puesta de sol más bonita que nunca había visto, Lamina clavó la madera en la duna, cogió el trozo de carbón, dibujó un ramo de flores en la madera y escribió:

“Paz y libertad para el pueblo saharaui. ¡Viva el Sahara libre!”

SHARTAT Y LA CABRA

Xabier Susperregi

Después de una larga caminata, buscando algo que llevarse a la boca, Shartat se detuvo a descansar, tumbándose junto a una acacia. Aunque hambriento, no tardó demasiado en quedar profundamente dormido.

Como siempre, sus sueños no eran otra cosa más que persecuciones a animales o grandes comilonas. En aquella ocasión soñó que se despertaba y a lo lejos veía una cabra. Rápidamente comenzaba a perseguirla y cuando estaba a punto de alcanzarla, la cabra llegaba hasta un precipicio. Ante la cercanía de su perseguidor, la cabra saltaba al vacío y Shartat iba detrás. Al caer al suelo, además de a la cabra, encontraba otros animales que habían caído por aquel mismo lugar y se sentía el ser más feliz de mundo por la comilona que estaba a punto de darse.

Pero poco más tarde, Shartat despertó, todavía más hambriento y a lo lejos vio una cabra idéntica a la de su sueño y al igual que hiciera entonces, salió disparado tras ella. Repitiendo cada escena de lo soñado y siendo consciente de ello.

Mientras corría, Shartat se daba cuenta de que su feliz sueño se estaba haciendo realidad y por eso, cuando estaba a punto de atrapar a la cabra, alcanzaron nuevamente el precipicio y la cabra saltó. Shartat fue detrás, sin pensárselo dos veces, deseando caer lo antes posible, pero durante la caída pudo observar a la cabra tranquilamente sobre un risco cerca de lo alto del precipicio. Se equivocó Shartat al pensar que el sueño

se estaba haciendo realidad pero entonces pensó que lo que le ocurría no era más que otro sueño...

Se volvió a equivocar.

EL GUERRILLERO

Por Limam Boisha

(A la memoria de Abdalahi Uld Ahmed Yahia)

Después del intenso combate la guerrilla se retiró. Detrás quedó una triste estampa: cadáveres, polvo, metralletas, fusiles abandonados, coches quemados, y documentos esparcidos por todos lados. Humo, fuego, olor a pólvora mezclado con carne humana, y destrucción. Un ambiente enajenado en medio de un silencio atronador.

Abdalahi, era uno de los guerrilleros saharauis que se quedó en el campo de batalla formando parte de ese oscuro paisaje, estaba gravemente herido, dos balas le habían perforado, una el abdomen y la otra la pierna derecha.

Los del otro bando, es decir los del ejército mauritano, también se habían retirado, sin haberlo visto, porque justo en medio de la batalla se desató una tormenta. Abdalahi se quedó inconsciente cerca de una enorme roca. Al otro día el cielo se despejó, pero la tierra seguía sombría cubriendo con su velo tanta desolación. El sol acribillándole la cara lo despertó, no sabía dónde estaba, ni lo que le había pasado, intentó moverse pero no podía. Sólo después de largas horas tuvo conciencia clara de lo que le había sucedido. Además del dolor, sentía una terrible sed, más terrible que el dolor de las heridas. Intentó arrastrarse varias veces, pero el dolor se lo impedía o se desmayaba, hasta que logró sacar fuerzas de su flaqueza y arrastrarse, poquito a poco. Había perdido mucha sangre, y tenía dificultades para respirar. Las ventanas de su nariz, estaban llenas de arena, al igual que sus ojos, la cara, el pelo y todo el

cuerpo; parecía un ser salido de una tumba. Logró avanzar unos metros, de nuevo se mareó y vomitó un extraño líquido verde, rojo amarillento; aquel líquido se disolvió en la arena como una pastilla efervescente en un vaso de agua. En su cuerpo se activó una inusual energía y pudo avanzar con ansiedad y aplomo, a pesar del dolor de las heridas. Avanzó poco a poco hasta que volvió a desmayarse. Así estuvo todo el día hasta el atardecer, cuando el sol estaba a punto de desplomarse allá por el horizonte.

Desde lejos el eco de un sonido se proyectaba poco a poco en la lejanía. Las vibraciones en la tierra le llegaban como una caricia y le obligaban a abrir los ojos.

Levantó su cabeza, pero no vio nada. Aguzó el oído, para escuchar mejor, y escuchó un ruido, era el ruido denso de una tropa, pensó. Una mezcla de miedo y resignación le invadió oscureciendo su cabeza. Se sentía desprotegido, impotente, ni siquiera tenía su fusil. ¿Habrá quedado cerca de la roca...? con un amago intentó volver, pero enseguida entendió que ya era imposible, por el dolor que le subió hasta nublarle la mente.

El ruido se acercaba cada vez más, ya podía distinguir qué sonido era. *Alhamdulilah*, no es un ejército -dijo. Estaba claro para él que no podían ser sus compañeros, sabía que ellos no volverían ya a ese lugar a no ser dentro de meses, mientras que el enemigo podía hacer incursión a cualquier hora y cualquier día, para explorar el terreno.

Abdalahi ya podía distinguir la silueta de un camión cisterna, pasaba cerca de donde estaba tirado, con las luces del camión encendidas. El conductor del camión no era militar, lo vio desde lejos, fue hasta cerca de

él y bajó de la cisterna. El conductor del camión de la cisterna llevaba agua para vender a los nómadas que vivían lejos de la ciudad.

- Necesito agua, tengo mucha sed -dijo Abdalahi con voz entrecortada.

El conductor de la cisterna lo observó detenidamente, se fijó en la ropa militar que llevaba. Le resultó extraña. Frunció el ceño. Supo que no era de los suyos.

Le dio la espalda. Se montó en su camión cisterna. Arrancó el motor. Y pasó las ruedas del camión por encima del cuerpo del herido.

LA DELGADA FIGURA, AMINATOU HAIDAR

Por Chejdan Mahmud

Nunca imaginé que una persona después de sufrir tanto, física como moralmente puede aún, albergar demasiada belleza. Nunca imaginé que un físico, mermada su integridad de mil maneras y desprovisto de lo mínimo esencial para subsistir, puede aún más, seguir inmaculado, tanto físicamente como moralmente.

Una delgada figura, emergió por la entrada principal del auditorio, era ella, y enseguida el bullicio inundó la sala, sus dedos flacos hacían el signo de la victoria sin pausa. Reflejaba su rostro una tenue sonrisa carismática, envolvente, minúscula, pero a la vez grandiosa, una de esas sonrisas tímidas, que sólo los más nobles pueden esbozar. La mirada acompañaba rítmicamente los gestos de su cara entristecida, ella sabe que su lucha es larga y cruel.

Del rostro de Aminatou se puede crear una enciclopedia del ser humano: su alma, su sangre, sus vísceras, su ánimo, su sueño, algo útil, pero tampoco algo complejo, quizás sencillo como ella, como los saharauis. La proporción de su cara refleja la sencillez de lo grande o la grandeza de lo sencillo.

En su delgada figura es tal vez donde más se nota el sufrimiento del hambre, pero no las ganas de comer -noto yo-, no camina pausada, no mira atrás y no se inclina salvo para vocear su amargura y pesar, del que ella misma es conseciente. A Aminatou yo no la conozco personalmente,

pero conozco su lucha, la he seguido, le he escrito y, por fin la vi en persona, la ojeé largo rato en un breve instante sólo para ver una sonrisa o, una carcajada o ese brillo que tenemos a veces, cuando vemos que somos protagonistas y que todas las miradas van dirigidas a nosotros, pero nada, realmente estaba serena y, flaca. También pude regalarle una camiseta con el nombre de su ciudad favorita “Aaiun”. Personas como ella, otorgan al ser humano su humanización y su racionalidad, inequívocamente.

La flaca cuando leyó su discurso preparado, que, nada más lejos de la realidad es el discurso de sus compatriotas de prisión y patriotismo, las palabras vibraban de miedo y se encogían al unísono de nuestros corazones, sí, vi palabras saltarse del miedo; tiritarse y, vi otras que se escondían para no ser leídas y traducidas. Su voz y su ser era demasiado para tan simple texto.

Esa lectura, es la mejor manera de decir: “aquí estamos, no, aquí estoy”. Eso, es la baza incuestionable de los seres magníficos, imprescindibles, que perduran en la vida. Ella es ahora símbolo, pero también historia. Ella es eficaz, elocuente y simplemente bella, cuando la vi esa vez, supe que la fe existe y que, desde el umbral de la sencillez y la mesura se logra todo y todo, porque la verdad es incuestionable y siempre brota de su propia ceniza.

SHARTAT Y LA OVEJITA EXTRAVIADA

Por Xabier Susperregi

(A todos los niños saharauis y a su maravilloso país)

Los animales de la *badía* estaban de enhorabuena porque sabían que por allí se había extraviado una ovejita y el pastor, al anochecer, ya había abandonado su búsqueda.

Agazapado, Shartat estaba muy atento para poder escuchar a la ovejita que debía andar muy cerca. Y de pronto, escuchó a lo lejos:

- ¡Beeeeeee, beeeeeee! ¡Beeeeeee, beeeeeee!

Rápidamente contestó Shartat:

- ¡Aquí, aquí! Aquí estoy, soy el pastor.
- ¡Beeeeeee, beeeeeee! ¡Beeeeeee, beeeeeee! —volvió a escuchar.

De nuevo dijo Shartat dónde se hallaba.

Así una y otra vez hasta que Shartat estuvo ya muy cerca de su objetivo. Entonces se abalanzó para darse un buen festín... y a los pocos segundos...

- ¡Beeeeeee, beeeeeee! ¡Beeeeeee, beeeeeee! — entre caracajadas sentenció el león.

EL SOL

Por Ebnu

Hay un relato del escritor y humorista cubano Héctor Zumbado, del que siempre me acuerdo y que suelo contar, a mi manera, a mis amigos. El relato es “El hombre que quería enlatar el sol”.

Carlos Ruiz de la Tejera, también uno de los más brillantes humoristas cubanos, incorporó la historia a su repertorio de monólogos.

El hombre tenía una brillante idea, tenía un proyecto que quería desarrollar, pero acaba enfrentándose a la burocracia y al poder. Termina humillado y obligado “a dejarse de boberías”. La historia es muy breve pero tiene un final impresionante. El hombre, derrotado, arroja la lata, ésta se abre y desde su fondo comienza a amanecer.

Una emotiva imagen que infunde esperanza, pero a él le cortaron las alas, le privaron de soñar, le degollaron la ilusión.

Una tarde de verano en el campamento de Bir Ganduz, hace ya varios veranos, le conté la historia a un amigo militar que acababa de llegar de los territorios liberados (Sahara Occidental) y le gustó tanto la historia que empezó a hacer sus propios proyectos.

A ese amiguito tuyo de Cuba dile que se dedique a otra cosa. Conservas de mangos o guayabas, por ejemplo –dijo–, abanicándose con el turbante.

- ¿Por qué?
- ¡Porque para sol, el nuestro! Aquí está el futuro.
- El futuro de la energía, quieres decir.
- ¡No, hombre, no! El de las conservas de sol.

Yo pensé que mi amigo bromeaba y no le hice ningún caso, sin embargo él continuó dándole forma a sus ideas.

- Con el permiso del cubano ese y trayendo la tecnología necesaria podemos producir millones de barriles al día y también lo podríamos exportar a través de soleoductos. Se podría intercambiar por sombra de Escandinavia ¡Sería grandioso!
- Y la arena, que nos están robando -dije yo buscando imponer algo de lógica.
- Muy buena tu idea, tenemos la arena de mejor calidad del mercado. ¡Imagínate unos arenoductos repartiéndola por las playas del mundo! ¡Tu tierra en todas partes! ¿no es grandioso?
- La pesca -insistí.
- El pescado- dijo pensativo, como si de repente su imaginación hubiese encontrado un escollo insalvable- bueno sí, también, pero ese hace mucho que viene enlatado del norte. ¡No me gusta el pescado! Concluyó.

Él se quedó callado, con la mirada fija en el techo de zinc que parecía quejarse del inclemente sol de verano. Estaba pensando a fuego lento.

Por la tarde, antes de irse, se quedó un momento mirándome pensativo.

- ¡Te imaginas una tormenta de arena en Escandinavia! Debe ser maravilloso.

Se levantó, se enrolló el turbante en la cabeza.

- Sólo nos falta una cosa – dijo despidiéndose. La libertad.
- ¿Quién teme a los sueños? Pensé.

CON FLORES A MAHOMA

Por María Jesús Alvarado

Mayo. Ocho y media de la mañana. El alegre quiquiriquí del gallo Cantamañanas y los sones de isas y folías procedentes de la radio de la cocina, recorrian la casa, llena ya de sol e impregnada del aroma a leche con gofio del desayuno.

A las nueve empezaba la escuela y lo primero, por supuesto, era rezar. Seguramente por eso, el padrenuestro siempre le olía bien.

El mes de mayo, como todo el mundo sabe, es el mes de la Virgen. Violeta se sentía orgullosa cuando le tocaba poner las flores a la imagen que había en el altarcillo de la clase. Las niñas musulmanas que quisieran podían participar y siempre había unas cuantas que no querían perderse nada; les encantaba rezar y entonaban divertidas y hasta devotas cada una de las canciones. A Violeta, siempre queriendo ser justa, le pareció necesario corresponderles haciendo ellas, las cristianas, algo propio de la religión islámica.

Después de darle muchas vueltas, lo habló con sus amigas en el recreo, mientras les repartían la leche de la ayuda americana, y decidieron poner junto a la imagen de la Virgen una pulida piedra negra, la más brillante que encontró, que representara a la Kaaba. De este modo, cada vez que rezaran o pusieran flores a María también recordarían a Mahoma, y todas las niñas podrían incluirse.

La maestra, aunque con una sonrisa que Violeta no supo cómo calificar, no puso ninguna objeción, y las compañeras musulmanas agradecieron el gesto.

Desde entonces sus rezos, antes de llegar al cielo, siempre pasaban por La Meca.

SHARTAT Y LA GALLINA ASTUTA

Por Xabier Susperregi

(A todos los niños saharauis y a su maravilloso país)

Cuentan que en un *frig* había una peculiar gallina, pues mientras que para el resto de su especie las historias que contaban los humanos les resultaban terriblemente aburridas, a ella sin embargo le encantaba acercarse al anochecer, cuando los niños rodeaban al anciano para escuchar con atención sus cuentos.

A nuestra gallina le parecían historias muy valiosas, sobre todo las que tenían a animales como protagonistas. Las que más le gustaban eran las de Shartat y sobre todo, las del erizo Ganfud, pues le maravillaba su astucia para engañar a sus adversarios y salir siempre victorioso.

Por eso, el día en que fue a caer en manos de Shartat y sabedor de que a su vida tan sólo le quedaba un suspiro si no hacía algo rápidamente, pues entonces se puso a pensar en lo que haría Ganfud si estuviese en su lugar y recordando también las sabias historias del anciano, dijo a Shartat:

- ¡Espera un momento, un momento espera! Que tengo algo importante que decirte.

Y Shartat, sorprendido, esperó ese momento para escuchar aquello que la gallina deseaba contarle. Y la gallina se puso a contar, habiendo ideado una forma de alargar su vida unas horas, tiempo que tendría a su vez para lograr escapar:

- No debes matarme pues soy una gallina especial y cada mañana pongo un huevo de oro. Hace poco que recogió el granjero el que acababa de poner.
- ¡La gallina de los huevos de oro! –exclamó Sarthat, mientras se sonreía.

La gallina empezó a sonreír también pero no terminó ya que Shartat le estrujó bien el cuello.

- Si hubieras dado huevos comestibles, entonces sí que te hubiese conservado- sentenció Shartat.

Y esta es la historia de la gallina que quiso imitar a Ganfud, malamente.

¡Buen provecho, Shartat!

LA NIÑA DEL PAN

Por Limam Boisha

Era noviembre del año 1975, y como casi todas las mañanas, la niña salió de su casa en El Aaiún a comprar el pan. Aquel día parecía que todas las panaderías estaban cerradas, y la pequeña deambuló por las calles en busca de alguna abierta. En aquellos instantes la gente escapaba de la ciudad, por la llegada del ejército marroquí tras la "Marcha Verde". Se escuchaban ruidos de camiones y tanques. Varios disparos atravesaban el cielo rojizo. Por la calle que transitaba la muchacha, paró un Land Rover lleno de gente. ¿Quién conoce esa niña? -preguntó alguien, al verla perdida y asustada. "Debe ser la hija de Ahel Taleb" -respondió una mujer. La subieron con ellos en el vehículo, y salieron camino del éxodo. Sobrevivieron a los duros primeros momentos. Meses después la niña se enteró que su madre pereció en los bombardeos de Um Draiga.

Aquella niña, ahora ya mujer y con hijos, todavía recuerda que salió a buscar una barra de pan, y lleva más de treinta años, esperando volver a ver a la otra parte de su familia, que todavía resiste bajo la ocupación y al regresar quiere traerles, no el pan que salió a buscar, sino el otro, más apetitoso, que su familia y tantos saharauis anhelan.

UNA SEMILLA MUY ESPECIAL

Miquel Cartró y Marta Fos

Hamma es un niño saharaui, tiene 9 años y vive en el barrio de Matallah, en El Aaiún, situado en el Sahara Occidental. Vive con su padre Lamged, su madre Imelda, sus hermanos gemelos, Selma y Liha, y sus primos, Salama y Hamdi. Hamma siempre está contento y feliz, juega con todo lo que encuentra por la calle, bastones, piedras, arena... Estos son sus juguetes, pero lo que más le gusta es jugar al fútbol. Conoce los jugadores de muchos equipos, como los del Barça, los del Madrid, los del Arsenal... Todo el barrio lo conoce y si le llaman por el nombre de "Messi", él coge un balón y hace una filigrana que deja todos boquiabiertos.

La casa de la familia de Hamma es muy humilde, como todas las de su barrio. Es muy difícil vivir en el Sahara Occidental si eres saharaui, porque la policía, el ejército de Marruecos y una gente conocida con el nombre de "colonos" ocupan todo el país. Los marroquíes se lo han quedado todo: las casas, las escuelas, las fábricas, las playas, los hoteles, las calles... todo.

Pero Hamma ya está acostumbrado a que las calles y las plazas estén llenas de hombres vestidos con uniforme azul o verde, armados y con bastones, con cara de enojados, siempre queriendo saber qué haces y dónde vas. Lo prohíben todo. Lamged, el padre del Hamma, siempre le advierte que no se acerque a ellos porque le pueden hacer daño. Muchas veces Hamma ha visto cómo los hombres que llevan uniformes pegan con

bastones a los vecinos, que también son saharauis. No entiende por qué hacen daño a la gente por ser saharauis y tiene mucho miedo cuando los ve.

Hamma va cada día a la escuela y siempre es el primero de terminar los deberes que le pone el maestro, pero a veces sale muy triste porque su maestro, que es marroquí, no le quiere decir si lo ha hecho bien o mal. Un día, el maestro explicó a todos los alumnos cómo podían hacer crecer una planta y dio una semilla a todos los niños y niñas de la clase, menos a Hamma y los demás niños saharauis. Hamma salió enfadado de la escuela, porque no podría plantar la semilla. Mientras iba hacia su casa, encontró al abuelo de su amigo Salek y Hamma, le explicó qué le había pasado. El abuelo, con una sonrisa de oreja a oreja, fue hacia una estantería y cogió una cosita pequeñita de un bote muy viejo. A Hamma, le brillaban los ojos, estaba nervioso por saber qué era lo que aquel abuelo tan amable le quería regalar.

El abuelo de su amigo le dijo que plantara esa semilla con mucho amor, que cuidara muy bien la tierra donde la plantara, que diera mucho amor a esa semilla como si fuera un tesoro. Se trataba de una flor originaria del Sahara Occidental, que el abuelo había recogido cuando era joven y que aún guardaba porque quería plantar estas flores cuando su país fuera libre.

Hamma se marchó contentísimo a su casa. Se sentía el niño más afortunado de todo El Aaiún. Por el camino tropezó con un cubo destartalado que había por el suelo y lo guardó para su semilla. Buscó un escondite para que la planta estuviera segura y para que aquellos señores vestidos de color azul y con cara de enfadados no la pudieran encontrar

nunca.

Hamma tenía su secreto escondido cerca de su casa. Cogió la semilla, la puso con tierra dentro del cubo que había encontrado y la regaba un poco cada día. Cuando salía el sol, Hamma se levantaba muy contento por ir a ver si ya había nacido la planta. Uno de los días más felices de Hamma fue cuando vio que algo diminuto salía de la tierra por primera vez. Hamma pensó que, como su secreto era algo muy importante, regalaría la flor a su madre. Muchos días, cuando Hamma se levantaba de la cama, había visto a su madre sentada y llorando frente a una foto muy vieja, sin color, en el que se podía ver, en medio de un jardín, la madre de Hamma, con los abuelos, tíos y tías.

Hamma sabe que su familia es muy grande, que son mucha gente, y recuerda todos los nombres. Pero a muchos no les ha podido conocer. Su abuelo y muchos parientes murieron en la guerra, luchando contra los soldados marroquíes. Un hermano y una hermana de la madre, la tía Mannou y el tío Mahfoud, atravesaron el desierto para protegerse de las bombas. Eran pequeños, pasaron mucho miedo y hambre, pero eran valientes, muy fuertes y llegaron a los campamentos de refugiados, en Argelia. Hace mucho tiempo y ahora sabe que tiene muchos primos y primas que aún no conoce.

Hamma ha visto muchas veces cómo su madre mira durante horas la foto de cuando era pequeña, en un jardín lleno de flores, y por eso quiere regalarle la flor. Hamma está expectante y emocionado."¿Y si de la semilla que le dio aquel abuelo saharaui saliera una de las flores que hay en la foto? Su madre estaría contentísima".

Un día del mes de abril comenzaba a hacer mucho calor. Hamma, como siempre, fue a su escondite para regar un poco la planta, que ya tenía la flor a punto de abrirse. No sabía aún de qué color saldría, porque nadie se lo había contado. "¿Será azul, como el mar? ¿Será amarilla, como el sol? ¿Será roja, como la sangre?" –se preguntaba". El hecho de no saber qué color tendría la flor, le ponía nervioso. Regó un poco más la planta, le dio un beso, la escondió y fue a buscar a sus amigos para jugar al fútbol.

En el barrio de Matallah, los niños y las niñas tienen miedo de los hombres azules que llevan gorras y por ello juegan mucho menos de lo que quisieran en la calle. Pero de vez en cuando, dejan el miedo en casa y salen a jugar al fútbol. Aquel día, Hamma y sus amigos fueron a la calle de siempre, donde no pasan coches y todo está muy tranquilo. Suelen hacer lo mismo cada día: ponen dos piedras en cada extremo de la calle, que hacen de porterías, y no necesitan nada más. Los amigos de Hamma son como él, muy buenos jugadores, no les importa como esté la calle, que haya piedrecitas o que haya agujeros. Lo más importante para ellos es tener un balón y, como es difícil tener pelotas, cuando tienen una, la cuidan mucho y juegan hasta que, de tan gastada, deben buscar otra. Su pelota era muy especial, porque Hamma y sus amigos habían pintado una bandera saharaui y habían escrito "*¡Sahara libre!*". Cada día, antes del partido, la volvían a pintar.

Aquel día Hamma y sus amigos, pues, hicieron dos equipos y marcaron las porterías. El juego era un *pim-pam*, ahora marcaba el equipo de Hamma y después el otro. Hamma volvía a dejar boquiabierto a todo el mundo, con un zigzag imparable, que dejaba a todos sus amigos del equipo contrario sentados en el suelo, y manejando el balón por todas partes. Las risas de Hamma y sus amigos se sentían por todo el barrio.

La gente que pasaba por la calle se quedó a mirar cómo jugaban los niños y pronto hubo mucho público. Se juntaron tantos vecinos y vecinas saharauis pendientes del partido que no se dieron cuenta de que, a ambos lados de la calle, se habían detenido furgonetas azules, con policía y soldados marroquíes. Las risas y los aplausos terminaron cuando Hamma marcó un gol con una de sus "chilenas" espectaculares. El balón fue a parar muy cerca de una furgoneta azul, donde había hombres con uniforme. Un policía marroquí, que llevaba un bigote muy grande, cogió el balón y vio que tenía dibujada la bandera de Sahara y una inscripción que decía "¡Sahara libre!". La cara del policía se volvió primero de color rojo y después morada de tan enfadado que estaba. Empezó a hablar con más policías y soldados, y a enseñarles la pelota. Todos gritaban y se pusieron unos cascos muy parecidos a los motoristas. Rápidamente comenzaron una carga, a perseguir y golpear a todos, no importaba que fueran niños, jóvenes o personas mayores.

Hamma y sus amigos estaban muy asustados al ver cómo los soldados y los policías marroquíes hacían daño a la gente. Como los niños corren más deprisa que los policías, se escaparon y se escondieron debajo de un coche. Tumbado en el suelo, quieto y muy nervioso, Hamma vio como un policía marroquí daba patadas y palos al abuelo que le había dado la semilla. Hamma lloraba sin hacer ruido, se tapaba la cara y las orejas con las manos, no quería oír los gritos de sus amigos ni ver cómo se llevaban el abuelo herido, en una furgoneta azul de la policía.

Tan pronto como pudo, Hamma se marchó corriendo hacia su casa. Desde una esquina, vio cómo el policía entraba dentro de la casa de sus amigos y amigas saharauis rompiendo todo. Hamma no entendía qué estaba pasando. Cuando llegó a su casa, buscó a sus padres. Su madre le explicó que el padre no estaba en casa, había salido a la calle y los

soldados marroquíes lo habían cogido. Sus hermanos tampoco estaban, estaban escondidos en casa de un tío. Hamma y su madre escuchaban con los ojos llorosos, los gritos de los vecinos y los golpes de los soldados. Hamma estaba tan nervioso que tenía ganas de llorar, pero no le salían las lágrimas, quería gritar pero sólo le salía un hilo de voz. Su madre lo miraba con los ojos llorosos, estaba muy triste, no quería que su hijo viviera aquella situación, sufría por lo que les pudiera pasar.

Los dos decidieron esconderse en un armario de la casa. Dentro del armario todo era muy oscuro, negro, sólo pasaba un poco de luz por el ojo de la cerradura de la llave. En la oscuridad, Hamma tenía mucho miedo. Entonces, Hamma recordó que dentro del armario tenía una caja de colores. Medio a tientas y, con toda su rabia, cogió los colores y comenzó a dibujar banderas saharauis por todas partes. Hamma no veía nada cuando dibujaba armario, pero había dibujado tantas veces la bandera del Sahara, que no le hacía falta la vista, lo hacía desde el fondo de su corazón y sabía que las cosas hechas con el corazón son las mejores. Hamma pensaba que, si los policías o los soldados abrían la puerta y les hacían daño, el armario lleno de banderas del Sahara caería sobre aquellos hombres malos.

Al cabo de unos minutos, la policía marroquí, con piedras y bastones, entró en la casa del Hamma rompiéndolo todo. Rompieron el armario, cogieron a su madre por el pelo, la echaron por tierra y le dieron patadas. Hamma no aguantó más y salió disparado a defender a su madre, con tres banderas saharauis dibujadas en la cara. Llamó a los policías bien fuerte diciendo:

- ¡Viva el Frente Polisario!", "¡Viva el Sahara libre!

Entonces los policías dejaron a la madre en el suelo y empezaron a perseguir a Hamma por la calle, hasta que fue a parar delante del policía del bigote grande que aún tenía su pelota.

Hamma ya no lloraba, sólo tenía ganas de hacer frente a aquellos hombres que hacían tanto daño a su pueblo, a sus amigos, a su madre. Valiente y decidido ante el policía marroquí, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

- Devuélveme la pelota.

El policía marroquí le insultó y levantó el bastón. Hamma, orgulloso de ser saharaui, volvió a decirle:

- ¡Devuélveme la pelota! ¡Es mi pelota, yo he pintado mi bandera, la del Sahara libre!

El policía del bigote, que aún tenía el bastón levantado, se puso rojo como un tomate a punto de estallar y golpeó muy fuerte la cabeza de Hamma, que cayó aturdido.

Cuando se fueron los soldados y los policías marroquíes, los vecinos recogieron a Hamma, que estaba en el suelo con mucha sangre en la cabeza y lo llevaron junto a su madre, que también estaba herida.

Hamma y su madre no pudieron ir al hospital, porque no quieren curar saharauis y se quedaron recuperándose en casa. La casa de Hamma estaba con los muebles rotos, el televisor, la nevera, la cocina... pero era su casa y allí ellos estaban bien. Después de unos días de reposo, Hamma ya pudo salir a la calle, llevaba una venda muy grande en la cabeza, que le tapaba la herida. Enseguida, corrió hacia escondite y, se encontró con una sorpresa... vio que su planta ya había dado una flor blanca.

Hamma pensó: "Es blanca como la paloma de la paz". Estaba muy nervioso, lloraba de felicidad, era lo mejor que le había pasado desde hacía días. Cuando su madre lo vio entrar en casa, con los ojos llorosos, pensó que volvían los policías y los soldados marroquíes. Pero Hamma, con toda delicadeza, enseñó la flor a su madre y la pusieron junto a la foto vieja y una bandera saharaui dibujada. La madre miró a Hamma, le dio un abrazo, un beso bien grande y le dijo:

- Cuando liberen tu padre, te explicaremos que es una intifada. Ahora más que nunca lucharemos por un Sahara libre, por nuestra libertad.

SHARTAT CON MAL DE ESTÓMAGO

Xabier Susperregi

(A todos los niños saharauis y a su maravilloso país)

Un día Shartat se encontraba con mal de estómago y como quiera que pasaba cerca de la cueva donde vivía su amiga la hiena tuvo la gran idea de asomar el culo al interior de la morada y soltar un enorme pedo que retumbó en la toda cavidad. Con tan mala suerte que la hiena acababa de recibir la última visita se su vida, la del león, que tras el banquete le había entrado el sueño y se había puesto a echar una cabezadita.

Despertó el león asustado por el estallido y salió como pudo al exterior, aturdido por el mal olor que había cerca de la entrada. Shartat esperaba sonriente la salida de su amiga la hiena pero le cambió el semblante al ver aparecer al enfurecido león. Entonces pensó que aquella había sido su última aventura y estaba cerca su final.

- ¿Hay algo que podría hacer para poder salvar mi vida?
preguntó Shartat desesperadamente.
- Te perdonaré tan sólo si consigues lograr algo que parezca imposible.

Pensando y pensando en algo que pareciera imposible y cuando ya se le acababa la paciencia al león, Shartat atropelladamente acabó

afirmando que era capaz de llegar más lejos que el mismísimo camello sin llevar encima ninguna provisión.

Cuando el monarca logró recuperarse del ataque de risa que le habían producido las palabras de Shartat, pronto recuperó la pose habitual; enfurecido y cruel. Pronto ordenó que trajeran al camello más experimentado y también mandó llamar a todos sus súbditos para que pudieran presenciar el estrepitoso fracaso de Shartat y también aprendieran la lección de lo que le ocurre a todo aquel que osa hacer algo que perjudique a su monarca.

El camello, sonriente en todo momento bebió decenas de litros, como acostumbraba a hacer antes de emprender algún viaje largo. No hizo lo mismo Shartat al quien se le escaparon todavía algunos pedos más y como tenía el estómago un poco delicado, con toda tranquilidad se puso a hacer unas brasas y cogiendo un poco de agua en una tetera que fue a colocar a calentar ante la impaciencia y enfado del león que se impacientaba y soltaba algún rugido de vez en cuando. Cuando el agua estuvo ya caliente, Shartat echó el té necesario y lo dejó hirviendo un rato.

- ¡Ya está! –gritaba enfurecido el león.
- ¡Todavía no! –respondía Shartat–. Está muy caliente.
- ¡Ya está! –gritaba nuevamente.
- ¡Todavía no! –respondía Shartat.

Así ocurrió varias veces hasta que el león, fuera de sí del enfado, probó el té por sí mismo. Estaba muy amargo y terriblemente caliente, por lo que soltó un enorme rugido al tiempo que salió disparado hacia un oasis, tratando de calmar de alguna forma el dolor. Regresó bastante más tarde y cuando pudo recuperar su voz, afirmó altivo de que el té estaba en su

punto. Para entonces ciertamente Shartat le había dado los hervores necesarios y había añadido también el agua y azúcar necesario para que ciertamente estuviera en su punto. Así que pausadamente tomó un poquito de té y se colocó en el lugar de partida.

Así emprendieron el camino los dos contendientes. Nadie tenía duda de quién lograría llegar más lejos en aquel viaje. Aunque tras media docena de pasos, Shartat se abalanzó sobre el camello dejándolo medio muerto y en poco segundos otro medio más. Tras aquello caminó un paso más y ante las miradas atónitas de todos los presentes y sobre todo la del león, regresó tranquilamente.

Aquel día Shartat colmó bien su hambre.

PULLUVER

Por Ebnu

En el Parque Santa Catalina, me subí a la guagua. Enseguida reparé en su *melhfa* de flores. No había asientos vacíos y decidí detenerme a su lado, en el pasillo cerca de la puerta de salida. Ella me miró como si mirara a un ser querido en una vieja fotografía, con los ojos de la ternura.

Los primeros días en las Palmas, yo saludaba, *Salamaleikum*, cada vez que me cruzaba con una *darrah* o con una *melhfa*. *Aleikumbisalam*, me respondían, a veces.

Venía de la península y no acostumbraba ver tantos trajes típicos saharauis pasearse por una ciudad y el instinto me indujo a acercarme a saludar, a averiguar, a buscar *lajbar*.

Pero pronto me di cuenta que la mayoría, ni siquiera eran saharauis y los que lo eran vivían al compás que marcaba una ciudad cosmopolita, cuyos habitantes tenían los colores del arco iris y no había tiempo para detenerse y menos para curiosear o preguntar por *lajbar* en este mundo urbano.

- Deja ya de saludar, chico, que no estás en el desierto -me dijo un amigo saharaui Canarión, cansado de mis salutaciones.

En una semana dejé de saludar y comencé a ignorar aquellas vistosas vestimentas que me trasladaban a mi orilla del mundo, a mi calle, a mi casa.

Aquella mañana, a pesar de que por mis venas mi sangre hervía por saludar, no lo hice. Me quedé de pie sin saber cómo reaccionar ante aquellos ojos grises y melancólicos que me buscaban el corazón.

Cuando el autobús se detuvo en su parada, la mujer se levantó y antes de bajar se volvió y mirándome a los ojos, dijo con firmeza:

- Si hablas mi lengua, quiero que sepas que le doy gracias a Dios por haberme subido en esta guagua y poder ver esa bandera que llevas en el pecho.

La mujer de la *melhfa* de flores desapareció por una calle de las Palmas de Gran Canaria, mientras yo me arrepentía de mi silencio.

EL MAR

Por Limam Boisha

...el niño pidió a su padre:

- ¡Ayúdame a mirar!

(Eduardo Galeano. El libro de los abrazos)

- Papá —preguntó Budda— ¿por qué el agua sólo llega hasta aquí?
-
- El agua la retiene Dios, para que el mundo no se inunde — respondió el padre.
- Y... ¿por qué hace tanto ruido? —volvió a preguntar el niño.
- Porque está bravo —fue la escueta respuesta del padre.

Budda, quedó un rato pensativo, con la duda en la punta de la lengua, hasta que otra interrogante se deslizó por sus labios, como sin querer:

- ¿Qué le han hecho para que esté furioso?

Su padre sonrió por tantas preguntas, como un racimo que no acaba, y levantó a Budda por los sobacos, lo lanzó al aire, y en fracción de un segundo, volvió a agarrarlo con un abrazo. La interrogante del niño quedó en el aire, y se esparció, abandonada en su intrínseca desolación.

Fue por culpa de otra desolación, más grave y profunda, que el padre de Budda, decidió llevar su hijo, que a penas tenía seis años, a la

ciudad, para ver por primera vez el mar. En la casa donde se hospedaron, el hijo de la familia, un año o dos mayor que Budda, le explicó que el mar era agua. Mucha agua. Agua azul y blanca. Esa agua , que decía el niño, no era igual a la que había en el depósito, que está en el patio de la casa, ni era la misma, que él ha visto en los pozos del desierto. ¿Cómo puede ser azul y blanca? -se preguntó Budda-. El otro niño buscó su pequeña pizarra escolar, y con una tiza le dibujó unas líneas mezcladas en forma de ondas.

- Estas son olas -le dijo- El mar es olas, muchas olas. Olas grandes. Altas. Más altas que tu padre y que el mío. Más altas que todos los hombres.

Budda seguía sin entender. Como referencia sólo tenía la Badia, el lugar de pasto y nomadeo. Allí cuando cae la lluvia y se forman los charcos, a veces su padre y los otros hombres recogen agua para el *frig* (campamento). Con la ilustración del dibujo, el otro niño sólo logró despertar, todavía más, la curiosidad en Budda, y dejó de hablarle del tema, y se alegró mucho aquella tarde cuando lo vio, por fin, junto a su padre, partir hacia el mar.

Era una tarde soleada. Transparente y hermosa. Y un aire fresco y puro lo envolvía todo. La brisa del océano, la mezcla de intensos y suaves aromas, el olor del pescado, ese amasijo embriagó a Budda y le proporcionó una sensación de inefable felicidad.

Y vio el mar. Enorme. Infinito. Majestuosamente azul. Vio las olas. Las blancas espumas. Las barcas de los pescadores. Vio hombres sentados sobre neumáticos, que flotaban sobre el agua. Otros remando, peleándose palos en mano contra la furia de las olas. Vio pescadores retirar de una barca cientos de peces. Peces que tiraban sobre la arena,

mientras son despojados de la vida, danzaban en medio de su última agonía. Budda soltó la mano de su padre, corrió hasta cansarse. Se detuvo y miró las olas que llegaban y volvían irritadas. Observó a Dios intentando detenerlas. El Dios de su mente, era uno de aquellos pescadores, que iban recogiendo su cosecha, "su pasto", desamparado en la orilla. Lo imaginó con las manos extendidas, haciendo un esfuerzo inmortal, para no dejar que las olas pasaran más allá de la orilla. Vio una mujer, que sacaba azúcar de un pañuelo y lo esparcía sobre el mar. Budda se acodó en la arena para observarla. Se parecía tanto a su madre en la serenidad de los gestos, en la manera de inclinarse... Vio la misma sonrisa. El brillo de sus ojos. La misma voz. Y cada vez que él lloraba, ella sacaba el pañuelo que guardaba en el baúl grande de la *jaima*, y le colocaba un poco de azúcar en la mano, para tranquilizarlo, y una caricia que le proporcionaba enormes seguridades.

Budda despertó, engañado por la nostalgia, en el mar de otra lejana tierra.

GANFUD Y LA SERPIENTE

Xabier Susperregi

En un descuido del erizo Ganfud, fue a quedar a merced de la serpiente que ya estaba a punto de darle su habitual mortal mordedura y que le dijo:

- Hasta nunca erizo Ganfud, un rival menos en la difícil supervivencia.
- ¡Espera! –gritó Ganfud.
- ¿Esperar a qué?
- Más rival para ti es el chacal y si me dejas libre, te lo pondré en bandeja.
- ¿Y cómo piensas hacerlo? –pregunto con curiosidad la serpiente.
- Muy sencillo. Siempre anda chacal tratando de vencerme en alguna prueba y siempre también acaba derrotado. Le retaré a una carrera y sabedor de su superioridad, no podrá negarse a hacerlo. Lo que no podrá imaginarse y vaya sorpresa que va a llevarse, cuando te encuentre a ti, saliendo de tu escondite en la línea de meta.

Aquel argumento dejó satisfecha a la serpiente que estuvo de acuerdo en dejar libre a Ganfud y llevar a cabo aquel plan.

Cuando se encontraron el chacal y el erizo, éste no tardó en retarle a la carrera.

- Imagino que no te atreverás a hacerla. Al fin y al cabo, los chacales son cobardes y lentos por naturaleza. Comprendo que tengas miedo.

Picado y herido en su orgullo, el chacal dijo:

- ¿Y cuál será el premio del vencedor?
- El derrotado se convertirá en criado del ganador por el resto de su vida.

Aquellas palabras terminaron de convencer aL chacal y después, Ganfud le explicó dónde comenzaba y dónde finalizaba la carrera.

Casi sin empezar, el chacal ya había llegado porque el erizo no quería esforzarse mucho y preparó un recorrido muy corto.

El chacal reía y reía. Imaginaba a Ganfud bajo sus órdenes en todo momento. Imaginaba una vida plácida. Reía y reía, hasta que dejó de hacerlo.

Muy poco después...

- He pensado, amiga serpiente –dijo el astuto Ganfud–, que podríamos hacer alianza para acabar de la misma forma con la vida de la hiena.

Como quiera que a la serpiente le pareció una idea estupenda, tan sólo tardó un instante en aceptar aquella propuesta.

Así pues, Ganfud marchó en busca de la hiena y la serpiente se escondió en un nuevo lugar, donde le hubo indicado el erizo.

Marchó Ganfud. Encontró a la hiena. Le retó a una carrera. Le explicó cuál sería el premio, el mismo que prometió al pobre chacal. Después le indicó el recorrido y sin dejar de terminar de hablar al erizo, echó la hiena a correr y correr.

Al llegar reía y reía e imaginaba su plácida vida con Ganfud como criado. Reía y reía hasta que dejó de hacerlo. Entonces, la serpiente reía y reía, imaginando también su plácida vida junto al astuto erizo. Reía y reía, hasta que dejó de hacerlo; porque el león le sorprendió y de un zarpazo le dejó agonizando.

Entonces le contó Ganfud a la serpiente que mientras hacía la carrera con el chacal, fue sorprendido por el león y para salvar su vida tuvo que hacer un trato y ponerle en bandeja a la serpiente y a la hiena.

Y este cuento se ha acabado.

EL REGRESO

Cristina Molera

Me cuesta respirar, el corazón late más fuerte que nunca, sin embargo estoy paralizada. No puedo creerlo, por fin, llegó el momento. Nos vamos mañana, al alba, será el día de la partida, no, del regreso. A casa, sí.

Hoy nos han convocado con urgencia, a mujeres, a niños, a hombres, a ancianos; a todos. Yo no quería ir, pensé, más de lo mismo. Sin embargo acudí, siempre me empuja esa pequeña esperanza, la que nunca perdí, la de poder volver.

He de apresurarme, hay que recoger, no he de perder más tiempo aquí.

Ni un día más, *Inshallah* no sea sólo un sueño, no, me pellizco, es realidad. Oigo el grriterío, las banderas ondeando, niños que lloran, asustados porque no entienden qué pasa.

¿Dónde guardé la llave de mi casa? ¿Estará tal cual la dejé? Son muchos años. Perdí la cuenta ya, sin embargo en mi memoria fue ayer. Hamudi, amor mío, ¿Me habrás esperado? De lo contrario, nada puedo reprocharte, decidiste quedarte allí, dijiste que pronto nos reencontraríamos, que se irían, que los echaríais. Te quedaste a luchar, por nuestro futuro. Y el futuro ya es nuestro presente.

Hace tiempo perdí la fe, creo que hoy la vuelvo a recuperar.
Inshallah, inshallah.

Siento miedo, es una extraña alegría. Quiero irme de aquí, es lo que más deseo, desde el momento que pisé la *hamada*, esta maldita tierra que nos acogió, la única que se nos ofreció... Sin embargo, algo de mí se quedará aquí, mi madre, cinco años ya que murió, está enterrada, mirando hacia el este, hacia la libertad. Ella no lo consiguió, ella se queda aquí, como muchos más que jamás volverán a pisar nuestra tierra, nuestro Sahara. El Sahara libre, libre por fin. Debo darme prisa, el tiempo corre, corre veloz, ahora sí. Ahí está la llave, creí haberla perdido. Es tarde, no puedo dormir, creo que hoy nadie dormirá. Mañana, por fin la libertad.

Inshallah.

LA CONFESIÓN DE LAS DUNAS DE AUSERD

Chejdan Mahmud

Si vas a Auserd, en los campamentos de refugiados saharauis de Tindouf, indudablemente trata de acercarte a las dunas, pregunta por ellas, ya te dirán. Míralas atentamente y disfrútalas, sube a lo más alto y déjate caer de la manera que sea, de cabeza, de culo, rodando, a toda vela, a saltos, como sea, pero hazlo.

Si ya vinieses, aprovisónate con lo más sencillo y útil, equípate con tu mejor cara y afina tu sonrisa. Desdobra tu ropa de safari y la ropa interior que sea de gala porque siempre pasará algo o, te lían o te lías pero, de cualquier manera lleva aquella que no te importe que se vea, hay granos de arena que les gusta penetrar, sin preámbulos ni mediar palabra.

Cuando estés, absorbe tantas bocanadas de aire como si ahorita acabara, deja entrever tu primera sonrisa, mira a tu alrededor vuelve a sonreír y grita cuatrocientas veces y una más, ¡oooooooooooooooh!, como te salga pero exagéralo. Desenreda los cordones de tus zapatillas, si quieras, ten prisa en quitarlos, ¡ah!, incluso te pueden servir de juguete; también se aconseja despojarse de objetos cortantes y de la inhibición.

Las dunas de Auserd entonces, te darán la bienvenida, te acompañarán en todo momento y te preguntarán una y mil veces qué querrás hacer. Al final, después de exhaustos, te dirán con el corazón apesadumbrado, no vuelvas a mí y diles a los que están allí cerca que se vayan. Tú como siempre no dirás nada, aunque no te importe que se haga de noche, la voz melancólica de las dunas te retro proyectan a una

pensamiento raro, estremecedor. Ciento este lugar, pensarás, es fantasmagórico tanto para mí como para esta gente que vive al lado.

Ahora, a punto de irte, te dejas sopesar por la brisa fresca de la tarde que como siempre antecede a una noche gélida. Y te vas por fin. Vuelves a un lugar y luego a otro.

Esta es la historia de mil viajes anunciados y la pena de un pueblo, es la realidad de una diversión quebrada. Vete a las dunas de Auserd cuando leas esto y, dile de mi parte que les guardo rencor, ellas ya saben por qué.

SHARTAT Y EL CUMPLEAÑOS DE LA OVEJA

Xabier Susperregi

(A todos los niños saharauis)

En la badia se celebraba el cumpleaños de la oveja y en tan especial día invitó a todos sus amigos a pasar una fraternal velada. Y fueron llegando todos y colocándose en fila para felicitar a la oveja y ofrecerle cada cual su regalo.

Shartat, enterado de la reunión que se celebraba, esperó el momento oportuno y se colocó al final de la cola.

Se acercó la cabra y le dijo a la oveja:

- ¡Feliz día amiga! Estás muy bella.

Y tras decir aquello le ofreció unos brotes tiernos de hierba que a la oveja le hizo mucha ilusión recibir.

- ¡Feliz día amiga! –dijo el gallo–, bonito vestido de lana llevas.

Y como regalo entonó una hermosa melodía que decía algo así como: “Kikirikí kiri kiri, kikirikí” que gustó mucho a la ovejita.

- ¡Feliz día amiga! –dijo el camello–, bellos ojos los tuyos que brillan de alegría, como brillan las estrellas para iluminar el pueblo más bello del mundo, el de los saharauis.

Y tras decir aquello le entregó unas hojitas de té que había traído él mismo desde muy, muy lejos para tan especial ocasión.

- ¡Feliz día amiga! –dijo la penúltima de la fila que era la avestruz–, ¡qué guapa estás cuando sonrías!

Aquellas palabras le hicieron sonreír todavía más a la oveja que disfrutó muchísimo viendo el baile que para ella había preparado su amiga.

Y llegó el momento esperado por todos. Alzó la cabeza la oveja y se encontró de pronto con Shartat. Shartat había estado dando vueltas y vueltas para disimular y que no se notaran sus intenciones.

- ¡Feliz día amiga! Hermosa estás hoy ovejita de tierna y sabrosa carne.
- ¿No trajiste nada? –preguntó la oveja.
- Traje mucho hambre –sentenció Sarthat.

EL AZRI. EL OCASO DEL CABALLERO ANDANTE DE LA BADIA

Bahia Mahmud Awah

Caballero es por sus modales y formas de vivir la vida, sin digamos fuertes tropiezos con la tristeza.

El caballero sin escudero y sin yelmo, con una vida que siempre está vinculada con el amor de una mujer en un *frig* cualquiera. El escenario del caballero se desarrolla en torno a momentos de tranquilidad y sosiego en primavera o el otoño. Buenos años de lluvias para la *badia* y sus protagonistas.

El *Azri*, término de caballero en singular y *Ezara* en plural, suele ser solitario, libre, sin ataduras, salvo un encendido amor por una hermosa mujer hasta que se apague y de nuevo cobre fuerza con otra. El mejor tiempo para el *azri* es *lejrif*, otoño, o las noches de *rabii*, primavera, cuando el calor ha mitigado y la vida ofrece su mejor cara en la *badia*.

Ellos saben querer con lucidez en determinadas circunstancias de la vida, sin perder el norte en respeto y admiración hacia la amada y su entorno. El *Azri* suele ser guapo, alto, inteligente y vividor, poseedor de ese don de la oralidad que le permite memorizar cientos de versos de amor o de gestas legendarias. También en muchas ocasiones el *Azri* compone resonantes versos que cantan la belleza de su amada y los lugares de acampada de ésta y el *frig* de su familia. Con ellos lajabar *itshii fi elhaya* [1], la noticia se extiende entre los *firgan* [2], a través de los buscadores de camellos o los pastores jóvenes.

El *Azri*, para saber de la amada se refugia en la amistad con los pastores de la familia de su doncella y así traza su estrategia para no

molestar a los padres o algún familiar entre los más conservadores, que pueden tener cierto recelo.

Pero con el tiempo la confianza de la familia se gana con ir y venir frecuentándoles más cada vez, con la excusa de caza de las gacelas o por alguna boda o festejos religiosos, que también son otros motivos para conocer a los padres y se puede crear buen terreno para no hacer ningún daño y ser aceptado por ellos.

Es capaz de pasar una noche conversando en voz baja, pausada y cordial con la amada sin tocarla, otra muestra de respeto hacia ella y su familia. Este rasgo es común entre casi todos los jóvenes que velan por mantener unos valores morales que la sociedad inculca para que siempre haya confianza en los hijos, tanto chicos como chicas.

Las tertulias muchas veces giran al son del ritual té saharaui, siempre acompañado con una amena conversación sobre alguna historia de amor o desamor, suaves risas de complicidad de los asistentes, que suelen ser amigos o familiares de la pretendida.

Ocurre a veces que hay otros contrincantes que en ningún momento llegan a enfrentarse por la chica en cuestión. Sí que entre ellos se entabla un enfrentamiento a través de un género en la poesía que se llama *ligtaa*, en el que cada uno trata de resaltar algún rasgo de nobleza o linaje, bravura o hazañas. También intentan persuadir con su *hicalla* [3].

En la *jaima* se recibirá a ambos pretendientes con la misma disciplina y respeto, más bien como huéspedes en la familia que siempre son bienvenidos. Pueden dormir, comer y ayudar en lo que sea sin que molesten dejando siempre espacio de mucha consideración a la familia.

La familia de la chica nunca acepta obsequios, por si el *Azri* trae unas cabezas de camellos o algún otro material que implique compromiso, sabiendo que el caballero andante es un hombre de amor pasajero y circunstancial y además, es un gesto rechazado en la sociedad.

He tenido la suerte de conocer algunos de estos personajes en diferentes etapas de mi vida. Incluso he tenido un tío que fue poeta y caballero andante por la *badiá*, quien culminó toda su vida a los noventa y siete años, sin haber tenido lugar fijo donde establecerse.

Fue un gran poeta y viajero recorriendo todo Tiris y el norte del desierto mauritano. Siempre tuvo un buen *marcub* [4], dromedario blanco, preferido color para estos dueños de las soledades y la felicidad del desierto.

Escuché de mi madre muchas historias sobre él, de sus anécdotas con los beduinos habitantes de Tiris, compartiendo relatos sobre su solitaria vida. Muchas veces mi nombre hace resurgir la temática de su caballeresca historia. Se llamaba Bahia Mohamed El Alem Abdelaziz Awah, con su nombre fui bautizado para hacerle un homenaje, como muestra de respeto y admiración hacia su persona. Esta es una costumbre que se practica en nuestra sociedad cuando se quiere homenajear a un ser querido, ya sea familiar o amigo que impone algún respeto por su generosidad, inteligencia y valentía.

El primer año del conflicto con Marruecos Bahia ya llevaba años viviendo como exiliado en Argelia. Cuando los primeros asentamientos de refugiados saharauis se instalaron en Tinduf, Bahia volvió a reunirse con sus sobrinos, mi padre y mi tía, trasladándose al campamento de El Aaiun y allí retomó una poesía más comprometida con la causa, conmovido por la

realidad de la situación y las noticias diarias que escuchaba a través de la Radio Nacional saharaui.

Pude recoger algunos versos que mi mamá me recitó a través de una comunicación por teléfono desde Argelia y he tratado de trasladar al español de la forma más fiel para no huir del lenguaje y estilo poético de la época, en los primeros años de la guerra, cuando estaba en su punto más candente.

Juró el Sahara (*Sahara halfet habus yalmagreb ma tagbadha*)

Yo, Sahara le juro a Marruecos

que no tengo

nada para su curación.

Y también le juro que de mí

no cortará ningún palo ni *mesuac* [5]

(...) Cuando ya cumple mi primer año

de guerra,

ésa que tú me has impuesto,

en estos tiempos

ya me están

reconociendo otras naciones

que antes de mí nada sabían.

Recuerdo los años ochenta, cuando regresaba de los territorios liberados, me acercaba a él para tomar un té, charlar y saber de su vida y me decía siempre: "cuéntame de los *mugatilin* [6], de los duros golpes que están dando a los invasores. He escuchado en la radio que han atacado en la zona tal y que han derrotado a los militares que combaten sin convicción de causa", refiriéndose al ejercito marroquí. Me preguntaba por varios nombres de lugares del territorio que yo a veces conocía y otras no,

justificándome con que a ese lugar nunca había llegado o que estaba ocupado detrás de alguno de los muros que Marruecos construyó en los primeros años de la guerra.

Mucha de su poesía está registrada oralmente entre algunos miembros de mi familia y también por una comisión que el año de su muerte vino a la familia para recuperar algo de su memoria, sobre todo aquellos poemas que dedicó a la lucha contra Marruecos. Murió el año 1989 cuando contaba con casi noventa y siete años de edad, sin enfermarse en ningún momento. En sus últimos años de vida, repetía siempre una frase: "Dios, mátame sin ser carga para nadie y sano" y creo que cumplió ese deseo.

Tal vez aún sigan existiendo estos hombres a pesar de las consecuencias de la guerra y las circunstancias de la vida. Pero creo que los últimos aún deambulan en Tiris. En sus blancas sabanas y valles siempre habrá poesía con estos caballeros.

[1] *Lajabar itshii fi elhaya*: la noticia se extiende entre la gente.

[2] *Firgan*: plural de *frig* o grupos de *jaimas*.

[3] *Hicalla*: recitación de sus mejores poemas con referencia a la amada.

[4] *Marcub*: dromedario muy elegante bien adiestrado para montar y hacer largos recorridos. Puede ser blanco, *ebiad*, o de otro color, *ashaal*.

[5] *Mesuac*: un palo del ramo de un arbusto llamado *atil* que sirve para limpiar los dientes con propiedades antisépticas y también le llaman el palo del romance que intercambian los novios en señal de complicidad.

[6] *Mugatilin*: guerrilleros del Polisario.

DE LLAMADAS, CLIMAS Y VERDURAS

Limam Boisha

Cuando parpadeó la azul pantalla del móvil y supe quién me llamaba no pude reprimir una sonrisa, al tiempo pensé: qué trastada inventará ahora. Era uno de sus teléfonos de trabajo. Me llamaba, y no eran pocas las veces, que intentaba aparentar ser un policía, como si todavía uno continúa siendo un sin papeles o un emigrado profuso en líos. Otras veces, mudaba de frecuencia y adoptaba una rugosa voz y ánimo áspero, y se transformaba en empleado que deseaba desahogar su ira, quizá finamente contenida, a través del teléfono, con la primera víctima que tenga al oído. En otras ocasiones, se hacía pasar por un alegre vendedor de enciclopedias, chatarra, o recolector de encuestas.

En algunas ocasiones le sigo el juego y aparento estar desconcertado hasta que los dos nos tronchamos de risa. Pero esta vez no le dejé fingir la voz áspera de burócrata que tanto le gusta recrear, y comencé acribillándole a preguntas. Saleh acababa de llegar de los campamentos de refugiados saharauis. Y Quería que me relatara *lajbar*, las últimas novedades del *mujaiam*.

En un mes -me cuenta-, nos hemos topado con todos los climas habidos y por haber: dos semanas de calor terrorífico, otra semana de tormentas con fuertes *azaafig*, tornados de arena, que llevaron por los aires el techo de zinc del *beit* de mi tío. Llovió durante dos días. Y el resto del tiempo las temperaturas fueron agradables. Pues vaya, sí que ha sido un mes interesante.

¿Cómo encontraste el ánimo de la gente en los campamentos? La gente está cansada, harta. Me llamó la atención que el muchacho que estaba en huelga de hambre. ¿Cómo se llama? El que hizo una huelga durante un mes, delante de las oficinas de la ACNUR en Rabuni. Mohamed... Mohamed Hallab. Pues, es increíble, muchos con quienes conversé no se habían enterado de su huelga, y quien sabía algo, le sonaba a un murmullo lejano. Es que cada vez se escucha menos la radio y se ve menos la televisión saharaui. Claro, con tanta *aljazeera*, *alarabiya*, y no sé cuántas cadenas por satélite, vamos marginando lo nuestro. Es una pena. Lo normal es que se complementan. Vi la tele saharaui varias veces, las noticias están bien. Lo más interesante fue un reportaje sobre cooperativas agrícolas. Me impresionó la voluntad de una mujer ya mayor, que tiene un huerto precioso del que está muy orgullosa. Al siguiente día fui a ver los huertos de la *wilaya*. No había más que una parcela sembrada de cebollas. El resto era una planicie de tierra reseca. Todo el paisaje languidecía. Lo mismo el espíritu de alguno de los trabajadores con quien hablé. Maldecía las tormentas, el refugio, la corrupción, el mundo entero.

Un día fui a Tinduf. En el puesto de control, ese que está a la entrada y salida en dirección a Rabuni. Escuché a un policía argelino decir: no entiendo nada. Veo a los saharauis sacar mucha verdura y fruta de Tinduf, pero al mismo tiempo les veo introducirla en la ciudad. Que sacan frutas y verduras para consumir o vender, lo puedo entender, pero que las traigan de los campamentos a Tinduf, eso no lo entiendo. No, no lo entiendo, repetía esa frase una y otra vez. De dónde la obtienen viviendo en un desierto pelado. Me hubiera gustado presentarle la mujer del huerto que vi en la televisión saharaui...

MAJALULO

Maribel Lacave

Majalulo era un camellito que vivía en el desierto. Desde que nació, soñaba con conocer el mar. Muchas noches, mientras Fadel, su dueño, se sentaba con otros amigos alrededor de una hoguera, él se quedaba echadito, escuchando las historias que hablaban de barcos y de marineros.

Un día pasó por el oasis una caravana que iba hacia la costa. Majalulo no se lo pensó dos veces, se acurrucó al lado de una camella grande y comenzó a caminar junto con los demás. Para cuando amaneció, ya nuestro amigo estaba muy lejos de su campamento.

Viajaron durante más de dos semanas hasta que un día comenzaron a ver gaviotas revoloteando alrededor de ellos.

Eso quiere decir que estamos llegando al mar -le dijo Nana, que ya para entonces se había hecho su amiga después de caminar juntos tanto tiempo.

Un rato después, llegaron a una playa de arena blanca. Majalulo se quedó quieto sin poder creer lo que veía: un desierto enorme todo líquido y de color azul. Despacio, se fue acercando a la orilla hasta meter sus patas en el mar. Un escalofrío de emoción le recorrió todo el cuerpo. ¡Era maravilloso! ¡Maravilloso! Después de tantos días de calor, el agua fresca era como un regalo. Al cabo de unos minutos, se atrevió a sentarse entre las olas. Los otros camellos le siguieron y todos comenzaron a revolcarse y a salpicarse agua unos a otros.

Sopita y pon,
sopita y pon,
en esta olita
me tiro yo.

Majalulo no recordaba una sensación parecida, nunca en toda su vida había sido tan feliz.

Cuando dos días después, la caravana comenzó los preparativos para marchar, Majalulo se escondió detrás de una roca. Allí se quedó hasta que los vio desaparecer tras la última duna.

Durante muchos meses vivió en aquella playa, se hizo amigo de gaviotas y medusas, y aprendió a nadar con las toninas. Se alimentaba de algas que el mar dejaba en la arena cada día para él.

Pero una mañana, cuando despertó, oyó un rumor de voces. Había un barco y muchos hombres que entraban y salían de él con grandes cajas. Majalulo se quedó oculto detrás de la roca por si acaso, pero uno de los hombres alcanzó a ver su joroba y en un momento lo rodearon, le ataron una soga al cuello y lo subieron al barco.

Navegaron durante horas y llegaron a una playa de arena dorada en la isla de Fuerteventura. Un grupo de niños llegó corriendo a la orilla:

- ¡Papá, papá, al fin me has traído mi majalulo!

El niño que así hablaba era Pancho, el hijo del patrón del barco. Toda su vida, desde que nació había soñado con tener un camellito y cada

vez que su papá viajaba a pescar al Sahara, el niño le recordaba su promesa de traerle uno.

Majalulo y Pancho se abrazaron felices porque en ese instante los dos habían conseguido sus sueños. Y ya nunca más se separaron.

Hoy, muchos años después, Pancho le cuenta esta historia a sus nietos, mientras Majalulo, muy cerquita, hace lo mismo con los suyos.

Del libro de Maribel Lacave: “Cuentos de la abuela majareta”

Ed. Centro de la Cultura Popular Canaria, 2006

SHARTAT Y LA CABEZA DE LA OVEJA

Xabier Susperregi

Cuando el pastor se dio cuenta de que le faltaba una de sus ovejas, enseguida se acordó de Shartat y por eso corrió hacia su jaima, con la intención de descubrir si su desaparición había sido causada o no por él.

No tardó en dar con Shartat y fue a encontrarlo ya con tan sólo la cabeza entre sus manos. Al verse descubierto, lanzó la cabeza a manos del pastor al tiempo que le decía:

- Al verla perdida corrí tras ella y al agarrarla con fuerza tan sólo logré coger la cabeza, las patas marcharon corriendo con el resto del cuerpo. ¡Voy a buscarla!

Y salió Shartat corriendo a toda velocidad.

SAHARA... MI SUEÑO

Ricardo Acra Caudet

Desierto... mundo vacío de todo y lleno de nada.

Es un lugar enorme, en el que puedes ver a grandes distancias, y surgen los espejismos en el horizonte, donde el cielo se funde en la tierra y se hace un mar... con olas de suaves dunas, salpicándose de arena con la ayuda del viento, que canta bailando en el aire, dibujando formas difuminadas en la bruma seca de un recuerdo eterno.

Terrenos duros, pedregosos, arenosos, blandos... que te retienen.

Otros, donde las piedras... parece que caminan.

Es una tierra difícil, hostil, indomable, calurosa... que se mete dentro de ti y la convierte en tu sueño...

Maravilloso sueño del que despiertas en mil recuerdos, en cien momentos, en diez sitios a la vez y todo... en ti.

¡*Talhas*, cactus, acacias, palmeras, dientes de león... dulces oasis! ¡Jardines de paz! Paraísos en medio de un infierno, que espera y espera... unas gotas de lluvia para poder mostrarte su belleza escondida...

Ese terreno seco se transforma en una alfombra de mil colores que despiertan el asombro de los ojos que tienen la inmensa *baraka* de disfrutar ese momento... efímero, pues el calor del sol, arrasa con todo y sólo queda esperar la siguiente lluvia que puede llegar... mejor, te sientas a esperarla, alrededor de una hoguera, en las noches de acampada, bajo un techo de estrellas, que si alargas un poco el brazo, casi llegas a tocarlas... y la luna, más amarilla que el sol, se transforma en mujer y entra a compartir tus sueños...

Aunque también...

Ahí fuera, igual que aquí, y como te ves, tú mismo en esta vida... estás solo. Debe imperar tu criterio y control. Caminas por el borde, en el límite, en un terreno que te pone a prueba, es pura competencia por sobrevivir, por poder llegar a ningún sitio, o a todos a la vez.... Te hace consciente de que tienes un camino por delante, invisible y desconocido, lleno de sorpresas y de problemas y...

Por detrás, sólo dejas una suave huella, que el viento se encargará de borrar...

Por delante, por detrás, a tus lados.... ¡Nada! Sólo brisa, viento y...

Un destino que vas dibujando tú, con el color de la ilusión, de la esperanza, de la valentía y de tu voluntad.

¡Si! Amo la tierra en la que nací. Y sólo sueño con volver a ella...

Sentarme en la cresta de una duna, contemplando la belleza del cansado atardecer rojo anaranjado y seguir soñando que estás sentada a mi lado, sin decir nada, o tarareando la más bonita canción... ¡La nana de las dunas!

Y esperar... el siroco que me llevará... con latidos de arena.

Porque si el desierto es mi sueño...

Tú eres quien me hace soñar.

Un beso de...

Ricco

UNA AMISTAD EN SILENCIO

Chejdan Mahmud

Estuve a punto de no comprar el billete a Mallorca. Por alguna razón no querría hacerlo, pero sabía también que debía. Cosas que ahora sé, como que, ser nómada se lleva en la sangre. El sentido de la vida para un nómada es irse, es una cosa que nunca planeas, pero lo haces, sabes que no tiene sentido, pero lo haces. Tú rigurosamente emprendes uno y mil viajes y todos con la aurea de definitivos pero no y, así vas marcando lugares que después sólo recordarás y anhelarás. Pero la cara más cruda de esto, es la vida misma, llevarse la casa a cuestas es duro, empezar de cero es aún más duro todavía.

Fui a la terminal del ferry a comprar el billete, no hoy, mañana. Mientras, la ciudad de Valencia, se retumba en unas fiestas fogosas como la más. La verdad que esa ciudad nunca me ha atraído, a veces el mismo tiempo te presagia lo que hay, en este caso el tiempo de Valencia parecía distraído como su gente, las nubes dispares y caprichosas, algunas tantas juntas y otras pocas dispersas y cabizbajas, la brisa parecía cruda o poco hecha, denotaba un sabor raro, a veces a mediterráneo, otras a desierto con su arenilla leve y enojada, el sol dubitativo a veces recio, a veces templado. El ruido es lo más que predomina, estaba más que presente en cada esquina y pedía las credenciales a algunas personas. Detrás de los ruidos y la bulla estaba la gran fiesta de las fallas, nada más mundano e inútil, donde el derroche y la desfachatez arrasan, y la mano derecha se tiende al vacío de la moralidad. A mi parecer, precisamente mi orgullo, no me invita a quererla. Porque en mi tierra aún resuenan las campanas de la

guerra y muchos ruidos jadean en mí para aún aguantar algo parecido, aunque sea festivo.

Hadamin, es un amigo mío de infancia y de viejas andanzas, uno de esos amigos que perduran en la vida, nunca los ves, pero siempre están y, siempre tan frescos como el primer día. Le llamé por si tengo algún problema en Valencia y, efectivamente, lo tuve y vino a por mí. El resquemor de un inmigrante es no tener problemas, pero bueno, si los hay, siempre están los locutorios, que son casi un centro comercial pero donde hay más cordura, más atención y sobre todo más cordialidad, hasta se puede encontrar afecto y muchas veces moral, ánimo e información muy diversa, aunque a veces confusa, pero al fin y al cabo te enteras de lo que hay y, donde un inmigrante alivia su sed de hablar. En estos sitios lo menos que importa es el dinero, todos sabemos que vamos a pagar sólo lo justo. Yo, el poco tiempo que estuve en Valencia, casi la mitad lo pasé en el locutorio, mi amigo me comprendió y sólo se prestó a dejarme las llaves de la casa.

Cuando al final embarqué, ya se me había olvidado Valencia. Ahora pienso en algún lugar de Mallorca que no sé dónde está. El vaivén del barco poco a poco me fue sumiendo en un sueño incómodo pero duradero. Al alba y ya yo en pie, subo a la cubierta del barco y, ante mis ojos veo extenderse, llana y curvilínea, Palma de Mallorca. A estas alturas no sé a qué atenerme en esta isla, pero sí puedo afirmar que el destino insospechoso de uno, a veces le lleva a coincidencias y reiteraciones caprichosas, ahora me presto a vivir en otra isla, antes lo había hecho en otras tres más y, en todas por largo tiempo, en la que menos, cinco años y, siempre de una a otra. Mágica vida, sabiendo que yo soy oriundo del desierto del Sahara, concretamente Sahara Occidental.

Pero si la gente no labrara su propia vida, no se establecería o no se perpetuara en algún sitio definido y definitivo, creo que lo que somos hoy no sería posible, porque siempre estarían posponiendo cosas, porque se tienen que marchar. Al hilo de esto, ¿cuántas cosas pospuso yo?, ¿cuántas cosas tuve y las dejé? Un infinito repertorio de cuestiones me vienen ahora a la mente, pero en fin, se quedan, como tantas cosas que dejé allí y allá.

Mas, en tantos periplos y andares conocerás a gente, a personas, y verás que son infinitas. Las conoces y en ti se quedan o se van, eso depende de la magnitud de las relaciones y la intensidad de las mismas. A veces un ínfimo gesto, una mirada furtiva o una palabra dichosa se quedan para siempre. Las buenas amistades nos atraviesan como puñales y, dejan su herida que, con el tiempo cicatriza o no. El amor es la baza imprescindible para hacer la vida llevadera, es uno de los dos lados de vida. Y de las personas que convives en un momento dado, siempre te tienes qué hablar. Anoche cuando hablé con mi primo Sidi, yo le comenté que la chica de mis sueños la conocí en un verano caluroso en Madrid. Le hablé de ella, supuse que él no sabía quién era, pero sólo le di un par de señas, y la reconoció, él me completó los detalles y, sí, era ella, luego me dijo, sabes Chej, yo con esa chica tenía una amistad en silencio. Me quedé pensativo un rato, no sé, quizás él la quiso antes que yo, de todas maneras ya no la quiero, además yo no la esperé. La amistad en silencio, es un amor inconfesado. Las brumas de la sinrazón, planearon sobre los deseos de mi primo, y las inquietudes de un alma, tal vez gitana, se asomaron en una noche desdeñada. Meras coincidencias.

LA BONDAD DE LA BADIA Y SUS VIAJEROS

Bahia Mahmud Awah

Todo lo que nos haya pasado en nuestra infancia, para recordarlo, nos quedaría ligado a un acontecimiento de nuestras andaduras de hoy. Esta historia la recordé viajando en un tren de largo recorrido Tudela-Madrid. No sé cómo relacioné este recuerdo viajando en este medio de transporte tan alejado de mis raíces, tal vez lo identifiqué con un nómada al que se le habla de un dromedario de montura o se acuerda de sus pasos por esa geografía de sus antepasados. Me fui a la cafetería para tomar algo, miraba el paisaje que me maravillaba recordándome a los que recorrió en mi infancia de la *badia*.

Comencé a recordar mi desierto, placenteros momentos de antiguas páginas de un libro que no acaba por finalizar, historias de un fiel pastor de la *badia* convertido en un habitante de una de las grandes urbes europeas, Madrid, la ciudad cosmopolita que se ha convertido en mi exilio. Tenía unos trece años, con la madurez de un niño del desierto, aquel verano la familia salía al campo, en nuestro *hasania* se llama *Ibadia*, con el propósito de alejarse de los núcleos urbanos y sus interminables gastos y ruidos. Estábamos en una zona llamada Legreia, una región de mucha vegetación verde y seca, una de las mejores en pastos de dromedario en los veranos. Muchas dunas formando pequeñas cordilleras con pequeños ríos secos y distantes graras de acacias. Esta región forma parte de Tiris Zemur, límite norte del Zemur blanco.

Todos los días junto a otros amigos íbamos a cuidar los dromedarios, que eran la mayoría hembras con sus pequeños, escogidas para dar leche, *lejlef*. Yo siempre quería cuidarlos porque me entretenía mucho con los preciosos peluches y hermosos *hiran*. Mientras dormían, los sorprendía y les cogía la cabeza y los besaba antes de que me vieran sus madres. En esa zona abundaban hierbas de *nsil*, fino y delicioso arbusto de tipo esparto que gusta mucho a los dromedarios.

Los grandes pasaban todo el día con la cabeza agachada recogiendo y comiendo con sus hábiles y finos labios las hierbas. Los mas pequeños, con la leche que lactaban de las madres y el *nsil* que comían, se llenaban en las primeras horas del día y a media jornada solían reunirse jugueteando entre ellos con pequeñas peleas que les llevarían más tarde al sueño. Se quedaban dormidos apoyados en pequeños montículos de arena o en las pequeñas dunas que se forman alrededor de los arbustos como *mrcaba*, *sbaat* u otras matas.

En ese preciso momento, cuando se alejan de ellos sus madres, me acercaba sin que se dieran cuenta de mi presencia y miraba encantado cómo dormían, me maravillaba verlos roncando y tocarles el fino y suave pelaje que les cubre por la joroba y los brazos delanteros.

En ese verano me convertí en un experto pastor de dromedarios. Regresaba siempre por la tarde sin perder ni uno y me fijaba en los lugares de mucho pasto para que por la noche al regreso, en el ordeño, nos dieran abundante leche para toda la familia. No me alejaba mucho del *frig* porque había bastante pasto en toda la zona.

Mi buen cuidado dejaba siempre a mi madre y a mis tíos tranquilos, y para no distraerme con los otros amigos y perder el ganado, me iba solo

durante todo el día, con mi *shecua* [1] y mi trozo de *leftir*, pan sin levadura. En la hora de la siesta de los dromedarios buscaba la sombra de una acacia que tuviera una buena copa y allí comía y descansaba sin perderlos de vista. Por la tarde siempre me venía a buscar mi padre y me traía *zrig*, leche fermentada de camella mezclada con agua, por si se me había agotado.

Un día no llevé provisiones y mi madre me dijo que dejara el ganado cerca y regresara sobre la hora de la comida. Pero aquello me pareció arriesgado por si se me escapaban y no las podía alcanzar. Le dije:

- Mamá, tendré que apañarme como pueda, cazar una liebre o un jerbo.

Esto último era lo más probable ya que el jerbo abunda en Tiris y es más fácil de cazar. Sin embargo ese día no pude cazar nada y sobre el mediodía, cuando ya estaba descansando bajo una acacia, me di cuenta de la presencia de un *dayar* [2], que estaba preparando su comida a la sombra de una acacia, que me quedaba como a un kilómetro de distancia.

Me estuve fijando en todo lo que hacía y pensando si me acercaba a tomar con él un té y a charlar, pero no me conformaba con la idea porque no me sentía seguro y no sabía lo que pensaría de mí. Yo no quería que pensara que lo estaba vigilando haciendo su comida y que me había acercado sólo para comer y pedirle algo; el orgullo de mi sociedad, que no saber pedir ni insinuar, me impedía hacerlo.

Me quedé toda aquella tarde esperando hasta que se marchó aquel buscador de dromedarios y decidí acercarme a la acacia donde había pasado su acampada o *maguil*. No tenía intención más que saber qué había hecho aquel hombre, si era un joven o un hombre mayor, precisiones que

debía contar con fidelidad en *lajabar*, las noticias que comentaría y me preguntarían a mi vuelta de la trashumancia.

Tenía la extraña intuición de que iba a encontrar algo que me sorprendiera y por eso cuando el *dayar* recogió su dromedario, lo ensilló y se puso en marcha, decidí acercarme a aquel escenario que estuve viendo toda aquella tarde.

Caminé en dirección a aquella acacia y cuando ya estaba allí me fijé que en el lugar donde había preparado su comida todavía se veían muchas brasas en la hoguera, cogí un palo y toqué algo que me pareció enterrado bajo las brasas y mi sorpresa fue una pierna de gacela preparada con mucho cuidado debajo de una finísima y limpia arena. La sacudí sobre unas ramas y la estudié detenidamente dándole varias vueltas, la limpié bien y me senté en la sombra que dejaba la acacia por la tarde, ahí sacié mi apetito con la exquisita y tierna carne de gacela. Y por la noche conté la historia a mi madre a la hora de hacer el té y recibir al pequeño pastor con mimos y comida, comentando las novedades acaecidas de unos y de otros en *lefriq*. Mi madre me dijo que aquello era la bondad de la *badia* y sus generosos viajeros, *ayuad lard*.

[1] *Shecua*: odre.

[2] *Dayar*: buscador de dromedarios.

EL TALADOR DE NOSTALGIAS

Limam Boisha

Aunque *Tifisqui* es una estación primaveralmente imprecisa, durante su estancia florece alegría, y esa nueva emoción atrae a multitud de familias que van en busca de la medicina del aire puro, el pasto verde, la leche y la carne de camello, unas bendiciones anheladas por los saharauis después de los tormentos del verano.

Hatab, un carbonero montaraz apuró sus pasos para iniciar la faena. Los nómadas consideran su oficio de mal agüero, porque no toma de la naturaleza lo que necesita, sino más bien la perturba, dejándola estéril. Aquél día Hatab estaba con su pequeño burro delante del árbol, quedó un rato indeciso, con su gruesa mano acarició el tronco, como para mimarlo con engaños y dejar que baje la guardia, era un tronco de rostro hermoso, cargado de un aura misterioso, escudriñó la parte más vulnerable para destrozarla a base de hachazos.

Galia y Dahi, una pareja de recién casados se dirigían a Zug, se desviaron un poco de su ruta, en dirección al oeste para ver un pozo y el árbol que está cerca de él, querían sobre todo ver el árbol de sus recuerdos cuando se conocieron, el lugar secreto de sus cálidos abrazos en la febril sombra. Conocían tan bien el desfiladero que fueron directo al árbol. Cuando estaban cerca vieron cómo Hatab se alejaba unos pasos y después el tronco del arbusto se balanceaba ligeramente en el aire y se caía de bruces sobre la tierra. La firmeza de muchos años se quebró llevándose consigo un buen refugio, leña y sombra, clandestina sombra,

testigo de su pasión. Dahi y Galia se miraron y una luz se difuminó en sus rostros.

- Vamos de aquí, dijo Dahi, este hombre está loco, no sabe lo que hace, además ha talado nuestras nostalgias.

VIOLETA ESCRIBE AL REVÉS

María Jesús Alvarado

Se encontró con Amhed
al salir de clase. Solían intercambiar
algunas palabras e incluso
en alguna ocasión en que su hermana Fatimetu
iba con ella, se había atrevido a acompañarlas
buena parte del camino.

Esta vez revisaba con interés una libreta
y comentaba su contenido
con los compañeros.

Al ver acercarse a Violeta,
le mostró su trabajo:
- ¿Quieres ver mis tareas en árabe?
El profesor me ha dicho que si sigo así
me llevará con él a Smara en
en próximo Ramadán.

Tomó la libreta y la revisó hoja por hoja. Eran
unos signos preciosos.

- Me encanta, pero ¿por qué se escribe
al revés?
- No se escribe al revés. Es árabe, nuestra
lengua madre. Sois vosotros los que
escribís en sentido contrario a la lógica.

- ¿Ah, si? ¿Y en qué te basas para decir eso?
¿Es que tiene alguna lógica escribir
para atrás?

Ahmed sonrió, como siempre.
Arrancó una hoja de la libreta
y dibujó una cruz,
señalando con una letra cada extremo.

- Mira, fíjate; aquí arriba está el norte,
abajo el sur, a la derecha el este
y aquí,
a la izquierda, el oeste.

Violeta lo miraba, preguntándose
qué tendrían que ver los puntos cardinales con
la escritura árabe.

Ahmed continuó:

- Bueno, pues el sol sale por el este
y va hacia el oeste. Siempre va de derecha a
izquierda, ¿ves?
- Sí -respondió Violeta, sin ver todavía a
dónde quería llegar.
- Nuestra escritura sigue el sentido
que marca la naturaleza, avanza como el sol,
siempre del este hacia el oeste,
de derecha a izquierda.
¿No te parece que es el sentido
más lógico y natural?

Se mantuvo unos segundos en silencio.

- Nunca se me hubiera ocurrido pensarlo de esa manera, -respondió Violeta- pero sí, parece bastante lógico.

Ahmed tenía trece años, tres más que ella. Era un muchacho alto, moreno, con unos enormes ojos oscuros y una sonrisa seductora. Violeta no podía evitar sentir una cierta admiración hacia él, siempre tan listo y seguro de sí mismo.

Por eso aceptó su explicación sin pararse a pensar que pudiera estar equivocado, o que sencillamente le estuviera tomando el pelo.

En cualquier caso,
la grafía árabe le parecía fascinante.

La combinación de líneas verticales, curvas bajas y sinuosas y puntitos estratégicamente colocados arriba y abajo, se le hacía especialmente hermosa y sugerente.

Esa tarde decidió que, ya que para ella no había clases de *arabía*, iba a aprender a escribir español al revés, o mejor dicho, a escribirlo en el sentido correcto. Y empezó, claro está, por su nombre.

Violeta

Le gustó verlo escrito de esta forma. Así que
lo repitió muchas veces:

Violencia Violencia Violencia

Llenó toda una hoja, y luego siguió con otras palabras, y con frases cortas, y con frases más largas después.

En los días siguientes practicó mucho en casa, y cuando pudo escribir con la suficiente soltura y claridad, decidió hacer partícipes a sus amigas.

Les explicó la teoría de Ahmed, les habló del este y del oeste, y les hizo una demostración práctica de su nueva habilidad, comunicándoles que a partir de ese momento escribiría siempre al revés, hacia el oeste, que es hacia donde va el sol y, por tanto, hacia donde debían dirigirse todas las cosas.

Desde entonces, sus tareas de clase se dividían verticalmente en dos mitades: en la zona derecha de la libreta escribía con grafía habitual del español y en la zona de la izquierda escribía lo mismo en sentido contrario, como si fuera un espejo.

No consiguió convencer a ninguna de sus compañeras de que hiciera lo mismo; todas decían que era demasiado difícil.

Y, por su puesto, la maestra se lo tomaba a broma, como una curiosa habilidad absolutamente inútil. Solamente Ahmed, que nunca se atrevió a confesarle su ocurrente invención, valoraba su destreza y, en ocasiones, pasaban el rato escribiendo *arabía* el uno y *españolía* la otra, comparando luego los trazos de ambos y recreándose en su efecto visual, como si de un particular arte se tratase.

No siempre ha sido fácil, pero nunca ha dudado al dar un paso, si está convencida de hacer lo correcto. Aprendió a hacerlo desde aquel tiempo en que nadie entendía por qué escribía al revés, cuando decidió que su letra avanzara como el sol.

SHARTAT Y EL RATÓN

Xabier Susperregi

Shartat corría fuera de sí, como enloquecido y chocó con un ratón que salió disparado por los aires, para caer después al suelo dolorosamente.

- ¡Oye Shartat! Ten más cuidado y mira por dónde pisas.
- No era mi intención –dijo Shartat disculpándose.

Entonces el ratón le preguntó:

- ¿Y cuál era tu inten-

No pudo terminar y poco después, Shartat eructó.

TÍTULOS PUBLICADOS

Todos los libros de la colección pueden descargarse gratuitamente en el Blog de la Biblioteca de las Grandes Naciones.

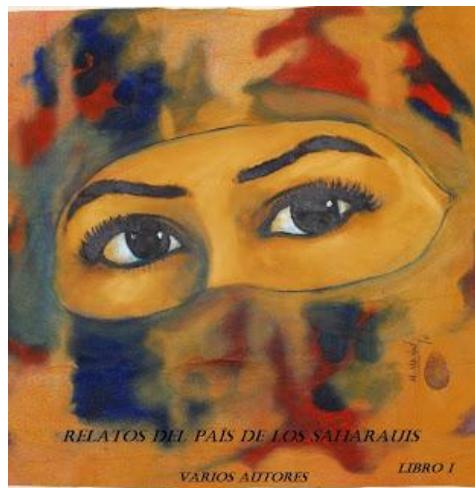
CUENTOS TRADICIONALES SAHARAUIS



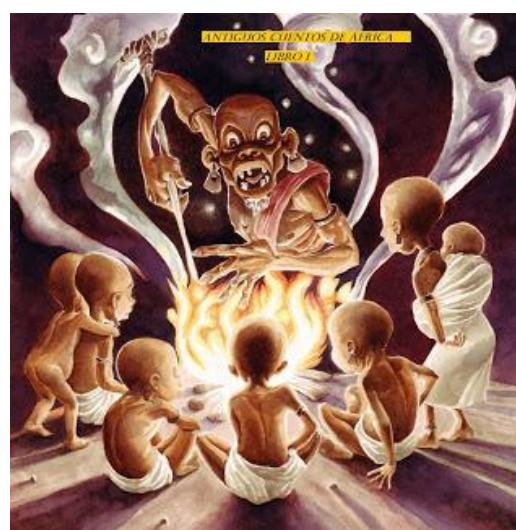
MIL Y UN POEMAS SAHARAUIS



RELATOS DE PAÍS DE LOS SAHARAUIS



ANTIGUOS CUENTOS DE ÁFRICA



CUENTOS Y LEYENDAS DE
ZUGARRAMURDI



XANA



CUENTOS DE ESCOCIA



TRASGU



HADAS DE IRLANDA



